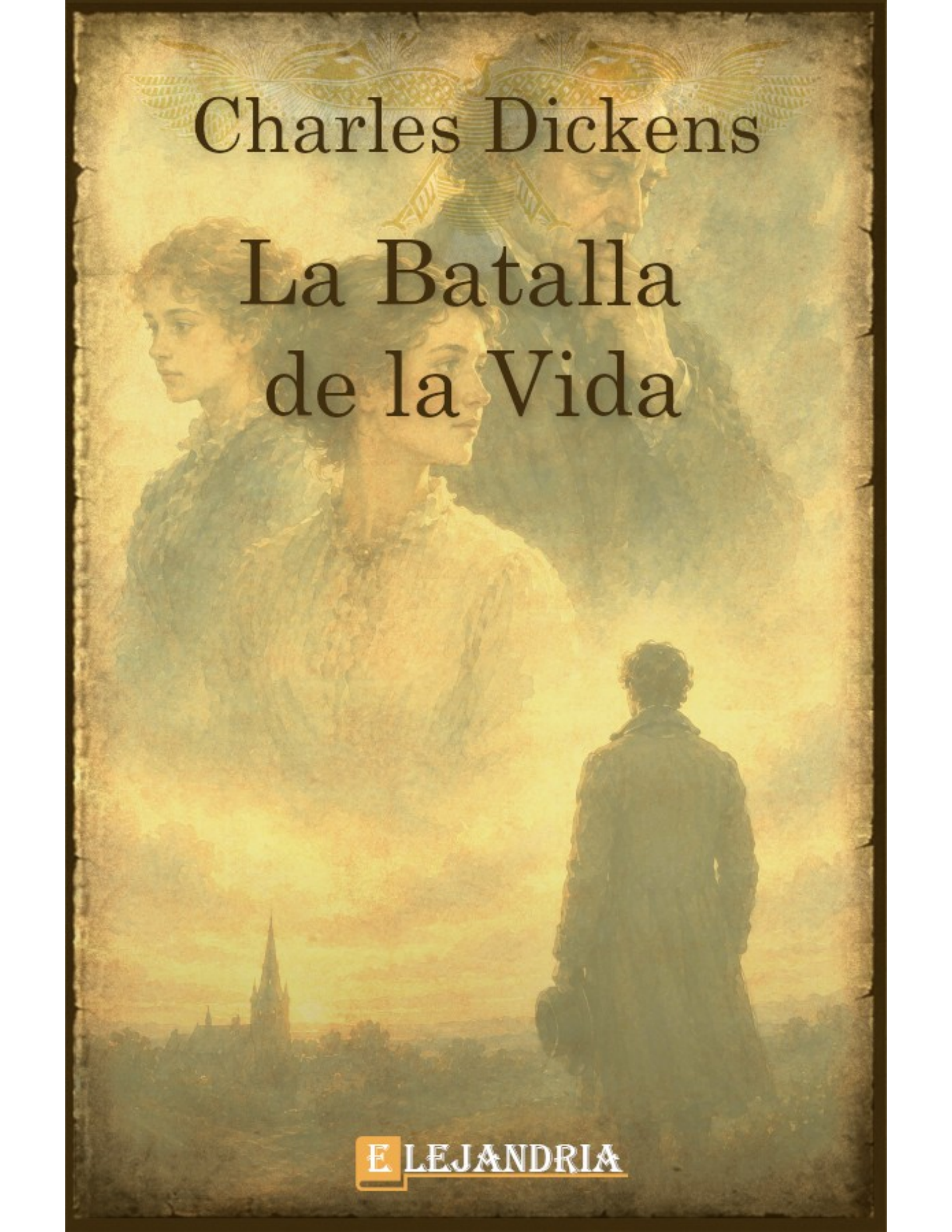




Charles Dickens

La Batalla
de la Vida

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA BATALLA DE LA VIDA

CHARLES DICKENS

**PUBLICADO: 1846
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

PARTE I. PRIMERA PARTE

ÉRASE una vez, y poco importa cuándo, en la fornida Inglaterra, y poco importa dónde, se libró una feroz batalla. Se libró en un largo día de verano, cuando la hierba ondulante estaba verde. Muchas flores silvestres, formadas por la Mano Todopoderosa para ser un cáliz perfumado del rocío, sintieron aquel día su copa esmaltada llenarse hasta el borde de sangre, y se marchitaron y cayeron. Muchos insectos, que debían su delicado color a hojas y hierbas inofensivas, quedaron aquel día teñidos de nuevo por hombres agonizantes, y marcaron su huida despavorida con un rastro antinatural. La mariposa pintada llevó sangre por el aire en el filo de sus alas. El arroyo corrió rojo. El suelo pisoteado se convirtió en cenagal, desde cuyos charcos estancados, formados en las huellas de pies humanos y cascos de caballo, el único color dominante seguía asomando y brillando bajo el sol.

El cielo nos guarde de conocer las escenas que la luna contempló sobre aquel campo cuando, alzándose por encima de la negra línea de colinas lejanas, suavizada y difuminada en su contorno por los árboles, se elevó en el cielo y miró la llanura, sembrada de rostros vueltos hacia arriba que en otro tiempo, al pecho de sus madres, habían buscado los ojos maternos, o dormido felices. El cielo nos guarde de conocer los secretos susurrados después por el viento contaminado que sopló sobre el escenario del trabajo de aquel día y de la muerte y el sufrimiento de aquella noche. Muchas lunas solitarias brillaron sobre el campo de batalla, y muchas estrellas mantuvieron sobre él una guardia lúgubre, y muchos vientos soplaron sobre él desde todos los rincones de la tierra, antes de que las huellas del combate se borrarán del todo.

Se demoraron y persistieron durante mucho tiempo, pero sobrevivieron en pequeñas cosas; pues la Naturaleza, muy por encima de las malas pa-

siones de los hombres, recobró pronto su serenidad y sonrió sobre el culpable campo de batalla como había hecho antes, cuando era inocente. Las alondras cantaban en lo alto; las golondrinas rasaban, se zambullían y revoloteaban de un lado a otro; las sombras de las nubes fugitivas se perseguían velozmente unas a otras, sobre la hierba y el trigo y el campo de nabos y el bosque, y sobre los tejados y la aguja de la iglesia en el pueblo acurrucado entre los árboles, hasta perderse en la brillante lejanía en los confines del cielo y la tierra, donde se apagaban las rojas puestas de sol. Se sembraron cosechas, y crecieron, y se recogieron; el arroyo que había estado teñido de carmesí hacía girar un molino de agua; los hombres silbaban tras el arado; espigadoras y segadores se veían en tranquilos grupos trabajando; ovejas y bueyes pastaban; los muchachos gritaban y llamaban en los campos para espantar a los pájaros; el humo se alzaba de las chimeneas de las casitas; las campanas del domingo repicaban en paz; los viejos vivían y morían; las tímidas criaturas del campo, las flores sencillas del matorral y el jardín, crecían y se marchitaban en su plazo señalado: y todo esto sobre el feroz y sangriento campo de batalla, donde miles y miles habían muerto en la gran contienda. Pero al principio había en el trigo, mientras crecía, unas manchas de un verde profundo que la gente miraba con espanto. Año tras año reaparecían; y se sabía que bajo aquellos parajes fértiles yacían enterrados, sin distinción, montones de hombres y caballos, enriqueciendo la tierra. Los labriegos que araban aquellos lugares retrocedían ante los enormes gusanos que allí abundaban; y las gavillas que producían fueron, durante muchos años, llamadas las Gavillas de Batalla, y apartadas; y nadie supo jamás que una Gavilla de Batalla figurase entre la última carga de una fiesta de la siega. Durante mucho tiempo, cada surco que se abría revelaba algún fragmento del combate. Durante mucho tiempo hubo árboles heridos en el campo de batalla; y trozos de vallas y tapias rotas y astilladas, donde se habían librado luchas mortales; y parajes hollados donde no crecía hoja ni brizna. Durante mucho tiempo, ninguna moza del lugar quiso adornarse el cabello o el pecho con la flor más dulce de aquel campo de la muerte: y después de pasar muchos años, aún se creía que las bayas que allí crecían dejaban una mancha demasiado profunda en la mano que las cogiera.

Las Estaciones, sin embargo, en su curso, aunque pasaron tan ligeras como las propias nubes del verano, borraron, con el paso del tiempo, hasta esos vestigios del antiguo conflicto; y desgastaron aquellas huellas legendarias que la gente de los alrededores conservaba en la memoria, hasta que

se redujeron a cuentos de viejas, débilmente recordados en torno al fuego invernal, y menguando cada año. Donde tanto tiempo habían quedado, intactas en su tallo, las flores silvestres y las bayas, brotaron jardines, se levantaron casas, y los niños jugaron a las batallas sobre el césped. Los árboles heridos habían hecho ya, tiempo atrás, troncos de Navidad, y ardido y crepitado en la lumbre. Las manchas de un verde profundo ya no eran más verdes que el recuerdo de quienes yacían bajo el polvo. La reja del arado seguía sacando de cuando en cuando algún trozo de metal oxidado, pero era difícil decir para qué había servido, y quienes lo encontraban se maravillaban y discutían. Una vieja coraza abollada y un yelmo llevaban colgados en la iglesia tanto tiempo, que el mismo débil y medio ciego anciano que en vano intentaba distinguirlos sobre el arco encalado, se había maravillado de ellos siendo niño. Si la hueste caída en aquel campo hubiera podido reanimarse por un instante en las formas en que cayó, cada uno en el lugar mismo que fue lecho de su muerte prematura, soldados desgarrados y espectrales habrían asomado, en filas de a cientos, por puertas y ventanas de las casas; se habrían alzado en los hogares de tranquilas moradas; habrían formado el fruto acopiado de graneros y paneras; habrían surgido entre la cuna del recién nacido y su niñera; habrían flotado con la corriente y girado en el molino, y llenado el huerto, y agobiado el prado, y amontonado el corral hasta lo alto de hombres agonizantes. Tan alterado estaba el campo de batalla donde miles y miles habían muerto en la gran contienda.

En ninguna parte más alterado, quizá, hace cosa de cien años, que en un pequeño huerto anejo a una vieja casa de piedra con un porche de madreSelva; donde, en una radiante mañana de otoño, se oían música y risas, y donde dos muchachas bailaban alegremente juntas sobre la hierba, mientras media docena de mujeres del campo, de pie en escaleras, cogiendo manzanas de los árboles, interrumpían su labor para mirar hacia abajo y compartir su gozo. Era una escena placentera, animada, natural; un día hermoso, un lugar apartado; y las dos muchachas, del todo desenvueltas y despreocupadas, bailaban en la libertad y el júbilo de su corazón.

Si no existiera en el mundo cosa tal como la ostentación, mi opinión particular es, y espero que estén de acuerdo conmigo, que podríamos irnos mucho mejor de lo que nos va, y ser una compañía infinitamente más agradable de lo que somos. Daba gusto ver cómo bailaban aquellas muchachas. No tenían más espectadoras que las mujeres de las escaleras. Se alegraban

de complacerlas, pero bailaban por complacerse a sí mismas (o al menos así lo habría uno supuesto); y no se podía dejar de admirarlas, como ellas no podían dejar de bailar. ¡Cómo bailaban!

No como bailarinas de ópera. Nada de eso. Y no como las alumnas consumadas de Madame Cualquiera. En absoluto. No era baile de contradanza, ni de minué, ni siquiera de baile campestre. No era ni al estilo antiguo, ni al nuevo, ni al francés, ni al inglés: aunque puede que fuera, por casualidad, un poco al estilo español, que es libre y gozoso, según me han dicho, y saca un aire delicioso de inspiración espontánea de las pequeñas castañuelas parlanchinas. Mientras bailaban entre los árboles del huerto, y arriba y abajo por las hileras de troncos, y se hacían girar levemente la una a la otra una y otra vez, la influencia de su movimiento airoso parecía extenderse y extenderse, en la escena bañada de sol, como un círculo que se ensancha en el agua. Su cabello suelto y sus faldas ondeantes, la hierba elástica bajo sus pies, las ramas que susurraban en el aire de la mañana —las hojas centelleantes, las sombras moteadas sobre el suave suelo verde—, el viento templado que barría el paisaje, alegre de hacer girar alegremente el molino de viento a lo lejos—, todo, entre las dos muchachas y el hombre con su yunta arando en el lomo de la loma, donde se recortaban contra el cielo como si fueran las últimas cosas del mundo, parecía también bailar.

Al fin, la menor de las hermanas danzarinas, sin aliento y riendo alegremente, se dejó caer en un banco para descansar. La otra se apoyó en un árbol cercano. La música, un arpa y un violín errantes, cesó con una floritura, como jactándose de su lozanía; aunque la verdad es que había marchado a tal ritmo, y se había esforzado hasta tal punto por rivalizar con el baile, que no habría podido resistir ni medio minuto más. Las mujeres de las escaleras alzaron un murmullo de aplauso, y luego, acordes con aquel son, se pusieron de nuevo a la faena, atareadas como abejas.

Con más ahínco, tal vez, porque un caballero de cierta edad, que no era otro sino el propio doctor Jeddler —pues sabréis que era la casa y el huerto del doctor Jeddler, y aquéllas eran las hijas del doctor Jeddler—, salió apresuradamente a ver qué pasaba y quién diantres tocaba música en su propiedad antes del desayuno. Porque era un gran filósofo, el doctor Jeddler, y no muy amigo de la música.

—¡Música y baile hoy! —dijo el doctor, deteniéndose en seco y hablando para sí—. Creía que temían este día. Pero es un mundo de contradicciones. ¡Vaya, Grace, vaya, Marion! —añadió en voz alta—, ¿está el mundo esta mañana más loco de lo habitual?

—Discúlpalo, padre, si lo está —respondió su hija menor, Marion, acercándose a él y mirándole a la cara—, porque hoy es el cumpleaños de alguien.

—¡El cumpleaños de alguien, gatita! —respondió el doctor—. ¿No sabes que siempre es el cumpleaños de alguien? ¿Nunca has oído cuántos actores nuevos entran cada minuto en... ja, ja, ja... es imposible hablar de ello con seriedad... en este disparatado y ridículo negocio que se llama la Vida?

—No, padre.

—No, tú no, claro; tú eres una mujer... casi —dijo el doctor—. Por cierto —y miró aquel rostro bonito, aún cerca del suyo—, supongo que hoy es tu cumpleaños.

—¡No! ¿De veras, padre? —exclamó su hija predilecta, frunciendo sus labios rojos para que la besara.

—¡Toma! Llévate mi cariño con eso —dijo el doctor, imprimiendo el suyo en ellos—; y que cumplas muchos más... ¡la idea!... del día. La ocurrencia de desear muchos más años en una farsa como ésta —se dijo el doctor para sí— tiene su gracia. ¡Ja, ja, ja!

El doctor Jeddler era, como he dicho, un gran filósofo, y el corazón y el misterio de su filosofía consistía en considerar el mundo como una broma colosal en la práctica; como algo demasiado absurdo para ser tomado en serio por ningún hombre racional. Su sistema de creencias había sido, al principio, parte integrante del campo de batalla en que vivía, como habrán de comprender en seguida.

—¡Vaya! ¿Y cómo os habéis procurado la música? —preguntó el doctor—. ¡Ladrones de aves de corral, sin duda! ¿De dónde han salido los juglares?

—Alfred mandó la música —dijo su hija Grace, arreglando unas flores sencillas en el pelo de su hermana, con las que, admirada de aquella belleza

juvenil, la había adornado ella misma media hora antes, y que el baile había desordenado.

—¡Ah! Conque Alfred mandó la música, ¿eh? —replicó el doctor.

—Sí. Se los encontró saliendo del pueblo cuando entraba él temprano. Los músicos van a pie, y descansaron allí anoche; y como era el cumpleaños de Marion, y pensó que le gustaría, se los envió, con una nota escrita a lápiz para mí, diciendo que si a mí también me parecía bien, habían venido a darle una serenata.

—Sí, sí —dijo el doctor con indiferencia—, siempre pide tu opinión.

—Y como mi opinión era favorable —dijo Grace de buen humor, deteniéndose un momento a admirar la linda cabeza que adornaba, con la suya propia echada hacia atrás—, y como Marion estaba de excelente humor y empezó a bailar, me uní a ella. Y así bailamos con la música de Alfred hasta quedarnos sin aliento. Y nos pareció la música aún más alegre por venir de parte de Alfred. ¿Verdad, querida Marion?

—Ay, no lo sé, Grace. Cómo me molestas con lo de Alfred.

—¿Molestarte mencionando a tu novio? —dijo su hermana.

—Te aseguro que no me importa mucho que lo mencionen —dijo la caprichosa beldad, arrancando los pétalos de unas flores que tenía en la mano y esparciéndolos por el suelo—. Estoy casi cansada de oír hablar de él; y en cuanto a que sea mi novio...

—¡Calla! No hables a la ligera de un corazón fiel, que es todo tuyo, Marion —exclamó su hermana—, ni siquiera en broma. No hay corazón más fiel que el de Alfred en el mundo.

—No, no —dijo Marion, alzando las cejas con un aire agradable de despreocupada reflexión—, quizá no. Pero no sé que eso tenga demasiado mérito. Yo... yo no quiero que sea tan fiel. Nunca se lo pedí. Si él espera que yo... Pero, querida Grace, ¿para qué hablar de él ahora mismo?

Era agradable ver las gráciles figuras de las hermanas en flor, entrelazadas, demorándose entre los árboles, conversando así, con seriedad frente a ligereza, y sin embargo con amor que respondía tiernamente al amor. Y era en verdad muy curioso ver los ojos de la hermana menor anegados en lágrimas, y algo sentido con fervor y hondura abriéndose paso a

través de la voluntariedad de sus palabras, y luchando penosamente contra ella.

La diferencia de edad entre ellas no podía pasar de cuatro años a lo sumo; pero Grace, como suele ocurrir en tales casos cuando ninguna madre vela sobre las dos (la esposa del doctor había muerto), parecía, en su tierno cuidado de su hermana menor y en la constancia de su devoción hacia ella, mayor de lo que era; y más apartada, por el curso natural de las cosas, de toda rivalidad con ella o de participar, salvo por su simpatía y verdadero cariño, en sus caprichos, de lo que sus edades parecían justificar. ¡Gran cualidad, la de madre, que hasta en esta sombra y débil reflejo suyo purifica el corazón y acerca la naturaleza más noble a los ángeles!

Las reflexiones del doctor, mientras las miraba alejarse y oía el sentido de su charla, se limitaron al principio a ciertas meditaciones jocosas sobre la necesidad de todos los amores y afectos, y la vana ilusión que se hacían a sí mismos los jóvenes, que creían por un momento que podía haber algo serio en tales pompas de jabón, y que siempre acababan desengañados... ¡siempre!

Pero las cualidades hogareñas y abnegadas de Grace, y su dulce carácter, tan apacible y retraído, y a la vez tan cargado de constancia y valentía de espíritu, parecían resumírsele todas en el contraste entre su serena figura casera y la de su hija menor y más hermosa; y sentía pesar por ella —pesar por las dos—, de que la vida hubiera de ser un negocio tan ridículo como lo era.

Al doctor nunca se le ocurrió preguntarse si sus hijas, o alguna de las dos, contribuían de algún modo a que aquel plan resultase cosa seria. Pero es que él era un Filósofo.

Hombre bondadoso y generoso por naturaleza, había tropezado, por casualidad, con aquella piedra filosofal corriente (mucho más fácil de descubrir que el objeto de las investigaciones del alquimista), que a veces hace caer a los hombres bondadosos y generosos, y tiene la fatal propiedad de convertir el oro en escoria y toda cosa preciosa en cosa de poco valor.

—¡Britain! —gritó el doctor—. ¡Britain! ¡Eh!

Un hombre pequeño, de rostro singularmente agrio y descontento, salió de la casa y respondió a aquel llamado con el reconocimiento poco ceremo-

nioso de: «¡Voy, pues!».

—¿Dónde está la mesa del desayuno? —dijo el doctor.

—En la casa —respondió Britain.

—¿Vas a ponerla aquí fuera, como te dijeron anoche? —dijo el doctor—. ¿No sabes que vienen unos caballeros? ¿Que hay asuntos que despachar esta mañana, antes de que pase la diligencia? ¿Que ésta es una ocasión muy señalada?

—No podía hacer nada, doctor Jeddler, hasta que las mujeres terminasen de recoger las manzanas, ¿o sí? —dijo Britain, alzando la voz conforme razonaba, de modo que al final gritaba bastante.

—Bueno, ¿ya han terminado? —replicó el doctor, mirando su reloj y dando palmadas—. ¡Vamos! ¡Deprisa! ¿Dónde está Clemency?

—¡Aquí estoy, amo! —dijo una voz desde una de las escaleras, por la que bajaron con presteza un par de pies torpes—. Ya está todo hecho. Despejad, muchachas. Todo estará listo para vosotros en medio minuto, amo.

Con esto se puso a trajinar con gran vigor; presentando, al hacerlo, un aspecto lo bastante peculiar como para merecer unas palabras de presentación.

Tenía unos treinta años, y un rostro bastante rollizo y alegre, aunque contraído en una extraña expresión de tirantez que lo hacía cómico. Pero la extraordinaria tosquedad de su andar y de sus maneras habría eclipsado cualquier rostro del mundo. Decir que tenía dos piernas izquierdas, y los brazos de otra persona, y que sus cuatro miembros parecían todos dislocados y arrancaban de sitios completamente equivocados cuando se ponían en movimiento, es ofrecer el bosquejo más suave de la realidad. Decir que estaba perfectamente contenta y satisfecha con esa disposición, y la consideraba asunto que no le concernía, y que tomaba sus brazos y piernas tal como venían, y dejaba que se las arreglasen solos según ocurriera, es hacer flaca justicia a su ecuanimidad. Su atavío consistía en un formidable par de zapatos de voluntad propia, que jamás querían ir adonde iban sus pies; medias azules; un vestido estampado de muchos colores, del dibujo más horrendo que pudiera comprarse con dinero; y un delantal blanco. Llevaba siempre manga corta, y siempre tenía, por algún accidente, los codos despellejados, por los cuales sentía tan vivo interés que continuamente intentaba volverlos para conseguir vistas imposibles de ellos. Por lo general, una cofia se le

colocaba en algún lugar de la cabeza; aunque rara vez se la encontraba en el sitio que en otras personas ocupa habitualmente esa prenda; pero de la cabeza a los pies era escrupulosamente limpia, y mantenía una especie de pulcritud dislocada. En efecto, su loable afán de estar pulcra y ordenada, tanto en su propia conciencia como a los ojos del público, dio origen a una de sus evoluciones más pasmosas, que consistía en agarrarse a veces por una suerte de asa de madera (parte de su indumentaria, familiarmente llamada ballena), y forcejear, por así decir, con sus prendas, hasta que caían en una disposición simétrica.

Tal era, en su forma y atavío exteriores, Clemency Newcome; de quien se suponía que había originado inconscientemente una corrupción de su propio nombre de pila, a partir de Clementina (pero nadie lo sabía, pues la sorda anciana madre, verdadero fenómeno de vejez, a quien había sostenido casi desde niña, había muerto, y no tenía otro pariente); quien ahora se afanaba en preparar la mesa, y quien se paraba, a ratos, con los brazos rojos y desnudos cruzados, frotándose los codos despellejados con las manos opuestas, y contemplándola con gran sosiego, hasta que de pronto recordaba alguna otra cosa que necesitaba, y trotaba a buscarla.

— ¡Ahí vienen esos dos abogados, amo! —dijo Clemency, en un tono no de gran buena voluntad.

— ¡Ah! —exclamó el doctor, adelantándose hacia la verja para recibirlos—. ¡Buenos días, buenos días! ¡Grace, querida mía! ¡Marion! Aquí están los señores Snitchey y Craggs. ¿Dónde está Alfred?

— Volverá enseguida, padre, sin duda —dijo Grace—. Tenía tanto que hacer esta mañana con los preparativos de su partida, que se levantó y salió al amanecer. Buenos días, caballeros.

— ¡Señoritas! —dijo el señor Snitchey—, de parte de Self y Craggs —quien hizo una reverencia—, ¡buenos días! Señorita —a Marion—, le beso la mano —lo cual hizo—. Y le deseo —lo cual puede que hiciera o no, pues a primera vista no tenía trazas de caballero atormentado por grandes efusiones de alma en favor de los demás— cien felices retornos de este auspicioso día.

— ¡Ja, ja, ja! —rió el doctor, pensativo, con las manos en los bolsillos—. ¡La gran farsa en cien actos!

—No querría usted, estoy seguro —dijo el señor Snitchey, apoyando una pequeña bolsa azul de oficio contra una pata de la mesa—, cortar la gran farsa antes de tiempo para esta actriz, en todo caso, doctor Jeddler.

—No —respondió el doctor—. ¡Dios no lo quiera! Que viva para reírse de ella mientras pueda reír, y luego diga, con el ingenioso francés: «La farsa ha terminado; corramos el telón».

—El ingenioso francés —dijo el señor Snitchey, espiando con viveza dentro de su bolsa azul— se equivocaba, doctor Jeddler, y su filosofía es del todo errónea, tenga por seguro, como le he dicho a menudo. ¡Nada serio en la vida! ¿Qué llama usted a la ley?

—Una broma —respondió el doctor.

—¿Ha pleiteado usted alguna vez? —preguntó el señor Snitchey, asomando la cabeza fuera de la bolsa azul.

—Nunca —respondió el doctor.

—Si alguna vez lo hace —dijo el señor Snitchey—, quizá cambie usted de opinión.

Craggs, que parecía estar representado por Snitchey, y ser consciente de poca o ninguna existencia separada o individualidad propia, ofreció en este punto una observación suya. Involucraba la única idea de la que no estaba investido y poseído en igual proporción con Snitchey; pero contaba con algunos correligionarios entre los sabios de este mundo.

—Se hace todo demasiado fácil —dijo el señor Craggs.

—¿La ley? —preguntó el doctor.

—Sí —dijo el señor Craggs—, todo. Todo me parece que se hace demasiado fácil hoy en día. Es el vicio de estos tiempos. Si el mundo es una broma (no estoy dispuesto a decir que no lo sea), debería hacerse una broma muy difícil de entender. Debería ser una lucha lo más ardua posible, señor. Ésa es la intención. Pero se está haciendo demasiado fácil. Estamos engrasando las puertas de la vida. Deberían estar oxidadas. Pronto empezarán a girar con un sonido suave. Cuando deberían chirriar sobre sus goznes, señor.

El señor Craggs parecía, en efecto, chirriar sobre sus propios goznes al pronunciar esta opinión, a la que imprimió un efecto inmenso —siendo un

hombre frío, duro y seco, vestido de gris y blanco, como un pedernal; con pequeños destellos en los ojos, como si algo sacara de ellos chispas. Los tres reinos de la naturaleza tenían, en verdad, cada uno un representante fantástico en aquella hermandad de contendientes; pues Snitchey se parecía a una urraca o a un cuervo (sólo que no tan lustroso), y el doctor tenía un rostro veteado como una manzana reineta de invierno, con aquí y allá un hoyuelo que expresaba los picotazos de los pájaros, y un pequeño mechón detrás que hacía las veces de rabillo.

Cuando la figura activa de un apuesto joven, vestido de camino, y seguido de un mozo cargado con varios paquetes y cestas, entró en el huerto a paso vivo, y con un aire de alegría y esperanza acorde con la mañana, aquellos tres se juntaron, como los hermanos de las hermanas Parcas, o como las Gracias más eficazmente disfrazadas, o como las tres extrañas profetisas del páramo, y le saludaron.

—¡Felicidades, Alf! —dijo el doctor, con desenfado.

—¡Cien felices retornos de este auspicioso día, señor Heathfield! —dijo Snitchey, haciendo una profunda reverencia.

—Retornos —murmuró Craggs con voz grave, para sí solo.

—Vaya, ¡qué batería! —exclamó Alfred, deteniéndose en seco—, y uno... dos... tres... todos de mal agüero, en el gran mar que tengo por delante. Me alegro de que no seáis los primeros que encuentro esta mañana: lo habría tomado por mal presagio. Pero Grace fue la primera... la dulce, la amable Grace... ¡así que os desafió a todos!

—Con permiso, amo, yo fui la primera, ya lo sabe —dijo Clemency Newcome—. Andaba paseando por aquí, antes de salir el sol, ¿se acuerda? Yo estaba en la casa.

—¡Es verdad! Clemency fue la primera —dijo Alfred—. Así que os desafió con Clemency de mi parte.

—Ja, ja, ja, de parte de Self y Craggs —dijo Snitchey—. ¡Qué desafío!

—No tan malo como parece, quizá —dijo Alfred, estrechando cordialmente la mano al doctor, y también a Snitchey y a Craggs, y mirando después alrededor—. ¿Dónde están... ¡Cielo santo!

Con un sobresalto que produjo, por un momento, una asociación más estrecha entre Jonathan Snitchey y Thomas Craggs de la que contemplaban las cláusulas del contrato entonces vigente entre ellos, se dirigió apresuradamente hacia donde estaban juntas las hermanas, y... en fin, no necesito explicar con más detalle su manera de saludar primero a Marion y después a Grace, salvo insinuar que el señor Craggs pudo haberla considerado «demasiado fácil».

Quizá para cambiar de tema, el doctor Jeddler hizo un movimiento apresurado hacia el desayuno, y todos se sentaron a la mesa. Grace presidía; pero se situó con tal discreción que apartaba a su hermana y a Alfred del resto de la compañía. Snitchey y Craggs se sentaron en esquinas opuestas, con la bolsa azul entre ellos por seguridad; el doctor ocupó su lugar de costumbre, frente a Grace. Clemency revoloteaba galvánicamente alrededor de la mesa, de camarera; y el melancólico Britain, en otra mesa más pequeña, ejercía de Gran Trinchador de un cuarto de vaca y un jamón.

—¿Carne? —dijo Britain, acercándose al señor Snitchey, con el cuchillo y el tenedor de trincar en las manos, y lanzándole la pregunta como un proyectil.

—Ciertamente —respondió el abogado.

—¿Quiere usted algo? —a Craggs.

—Magra y bien hecha —respondió aquel caballero.

Habiendo cumplido estas órdenes, y servido moderadamente al doctor (parecía saber que nadie más quería comer nada), se demoró tan cerca de la Firma como decorosamente pudo, vigilando con ojo austero cómo disponían de las viandas, y aflojando la severa expresión de su rostro sólo una vez. Fue con ocasión de que el señor Craggs, cuyos dientes no eran de los mejores, se atragantara a medias, y él exclamara con gran animación: — ¡Pensé que se había ido!

—Vamos, Alfred —dijo el doctor—, unas palabras de negocios, ya que aún estamos desayunando.

—Ya que aún estamos desayunando —dijeron Snitchey y Craggs, que no parecían tener intención presente de dejarlo.

Aunque Alfred no había estado desayunando, y parecía tener ya bastante quehacer entre manos, respondió respetuosamente:

—Como gustes, señor.

—Si algo pudiera ser serio —empezó el doctor— en una...

—Farsa como ésta, señor —apuntó Alfred.

—En una farsa como ésta —observó el doctor—, podría serlo esta coincidencia, en vísperas de separación, de un doble cumpleaños, que va unida a muchas asociaciones gratas para nosotros cuatro, y al recuerdo de un largo y amistoso trato. Pero eso no viene al caso.

—¡Ah, sí, sí, doctor Jeddler! —dijo el joven—. Sí viene al caso. Muy al caso, como da fe mi corazón esta mañana; y como también el tuyo, lo sé, si lo dejaras hablar. Hoy dejo tu casa; hoy dejo de ser tu pupilo; nos separamos con tiernos lazos que se extienden mucho tras nosotros, que nunca podrán renovarse exactamente, y con otros que despuntan... aún ante nosotros —bajó la mirada hacia Marion, a su lado— y cargados de consideraciones de las que no me atrevo a hablar ahora. ¡Vamos, vamos! —añadió, animándose a sí mismo y al doctor a un tiempo—, hay un grano serio en este gran y necio montón de polvo, doctor. Concedamos hoy que lo hay.

—¡Hoy! —exclamó el doctor—. ¡Oídle! ¡Ja, ja, ja! De todos los días del necio año. ¡Vaya, precisamente hoy se libró la gran batalla en este terreno! En este terreno donde ahora estamos sentados, donde vi bailar a mis dos hijas esta mañana, donde acaba de recogerse para nuestro desayuno la fruta de estos árboles cuyas raíces están hundidas en Hombres, no en tierra, se perdieron tantas vidas, que dentro de mi propio recuerdo, generaciones después, se ha desenterrado bajo nuestros pies aquí un cementerio entero de huesos, y polvo de huesos, y esquirlas de cráneos hendidos. Y sin embargo, no llegaba a un centenar la gente de aquella batalla que supiera por qué luchaba, o para qué; ni un centenar de los irreflexivos que se regocijaban por la victoria sabía por qué se regocijaba. Ni medio centenar de personas salió mejorada por la ganancia o la pérdida. Ni media docena de hombres están de acuerdo hoy en día sobre la causa o los méritos; y nadie, en fin, supo jamás nada preciso al respecto, salvo los deudos de los muertos. ¡Y serio, encima! —dijo el doctor, riendo—. ¡Vaya sistema!

—Pero todo esto me parece a mí —dijo Alfred— muy serio.

—¡Serio! —exclamó el doctor—. Si permitieras que tales cosas fueran serias, tendrías que enloquecer, o morir, o subir a la cima de una montaña y hacerte ermitaño.

—Además, hace tanto tiempo de eso —dijo Alfred.

—¡Tanto tiempo! —replicó el doctor—. ¿Sabes qué ha estado haciendo el mundo desde entonces? ¿Sabes qué más ha estado haciendo? ¡Yo no lo sé!

—Ha pleiteado un poco —observó el señor Snitchey, removiéndolo su té.

—Aunque siempre se ha hecho demasiado fácil la salida —dijo su socio.

—Y me disculparé que lo diga, doctor —prosiguió el señor Snitchey—, habiéndome puesto ya mil veces en posesión de mi opinión, en el curso de nuestras discusiones, que en eso de haber pleiteado, y en su sistema legal en conjunto, observo en verdad un lado serio... ahora bien, algo tangible, con un propósito y una intención...

Clemency Newcome dio un tropezón angular contra la mesa, produciendo un sonoro estrépito entre las tazas y los platillos.

—¡Vaya! ¿Qué pasa ahí? —exclamó el doctor.

—Es esta bolsa azul mal intencionada —dijo Clemency—, ¡siempre haciendo tropezar a alguien!

—Con un propósito y una intención, decía —prosiguió Snitchey—, que merece respeto. ¿La vida una farsa, doctor Jeddler? ¿Con la ley dentro?

El doctor rió, y miró a Alfred.

—Concedido, si le place, que la guerra es una necedad —dijo Snitchey—. En eso convenimos. Por ejemplo. He aquí un paisaje risueño —señalándolo con el tenedor—, en otro tiempo invadido por soldados, todos ellos intrusos, y asolado a fuego y espada. ¡Je, je, je! ¡La idea de que un hombre se exponga voluntariamente al fuego y a la espada! Necio, dispendioso, positivamente ridículo; uno se ríe de sus semejantes, ¿sabéis?, al pensarlo. Pero tomad este risueño paisaje tal como está. Pensad en las leyes concernientes a los bienes raíces; al legado y la cesión de los bienes raíces; a la hipoteca y el rescate de los bienes raíces; a las fincas de arriendo, de pleno dominio y

de censo; pensad —dijo el señor Snitchey, con tal emoción que llegó a chasquear los labios— en las intrincadas leyes relativas al título y la prueba del título, con todos los precedentes contradictorios y las numerosas actas del parlamento a ellas asociadas; pensad en el número infinito de ingeniosos e interminables pleitos de cancillería a que este agradable paisaje puede dar lugar; y reconoced, doctor Jeddler, que hay una mancha verde en el plan que nos rodea. Creo —dijo el señor Snitchey, mirando a su socio— que hablo en nombre de Self y Craggs.

Habiendo el señor Craggs manifestado su asentimiento, el señor Snitchey, algo animado por su reciente elocuencia, observó que tomaría un poco más de vaca y otra taza de té.

—No defiende la vida en general —añadió, frotándose las manos y riendo entre dientes—, está llena de necedad; llena de algo peor. ¡Profesiones de confianza, y de lealtad, y de desinterés, y todo eso! ¡Bah, bah, bah! Ya vemos lo que valen. Pero no hay que reírse de la vida; tiene usted una partida que jugar; una partida muy seria, en verdad. Todo el mundo juega contra usted, ¿sabe?, y usted juega contra todo el mundo. ¡Oh! Es cosa muy interesante. Hay jugadas profundas sobre el tablero. Sólo debe usted reír, doctor Jeddler, cuando gane... y aun entonces no mucho. ¡Je, je, je! Y aun entonces no mucho —repitió Snitchey, meneando la cabeza y guiñando el ojo, como si quisiera añadir: «¡Podrías hacer esto otro en su lugar!».

—Bueno, ¡Alfred! —exclamó el doctor—, ¿qué dices ahora?

—Digo, señor —replicó Alfred—, que el mayor favor que podrías hacerme, y a ti mismo también, me inclino a pensar, sería intentar olvidar de cuando en cuando este campo de batalla, y otros semejantes, en ese campo de batalla más ancho de la Vida sobre el que el sol se asoma cada día.

—A decir verdad, temo que eso no suavizará sus opiniones, señor Alfred —dijo Snitchey—. Los combatientes son muy fogosos y muy encarnizados en esa misma batalla de la Vida. Hay mucho de acuchillar y tajar, y de disparar a las cabezas de la gente por la espalda. Hay un pisotear y hollar terribles. Es un negocio más bien malo.

—Creo, señor Snitchey —dijo Alfred—, que hay en ella victorias y luchas silenciosas, grandes sacrificios de sí mismo, y nobles actos de heroísmo, incluso en muchas de sus aparentes ligerezas y contradicciones, no por

ello menos difíciles de lograr por carecer de crónica o de público terrenal, obrados cada día en rincones y escondrijos, y en hogares pequeños, y en los corazones de hombres y mujeres; cualquiera de los cuales podría reconciliar al hombre más severo con este mundo, y llenarlo de fe y esperanza en él, aunque dos cuartas partes de sus gentes estuvieran en guerra, y otra cuarta parte en pleitos; y ésa es una palabra atrevida.

Ambas hermanas escuchaban con atención.

— ¡Bueno, bueno! —dijo el doctor—. Soy demasiado viejo para convertirme, ni siquiera por mi amigo Snitchey aquí presente, ni por mi buena hermana solterona, Martha Jeddler; que tuvo lo que ella llama sus pruebas domésticas hace ya siglos, y desde entonces ha llevado una vida de compadecerse de toda suerte de gentes; y que comparte tanto tu opinión (sólo que ella es menos razonable y más obstinada, por ser mujer), que no logramos ponernos de acuerdo, y rara vez nos vemos. Yo nací sobre este campo de batalla. Empecé, de niño, a llevar mis pensamientos hacia la verdadera historia de un campo de batalla. Sesenta años han pasado sobre mi cabeza, y jamás he visto al mundo cristiano, incluyendo Dios sabe cuántas madres cariñosas y muchachas bastante buenas como éstas mías, sino loco por un campo de batalla. Las mismas contradicciones prevalecen en todo. Uno tiene que reír o llorar ante tan tremendas inconsecuencias; y yo prefiero reír.

Britain, que había prestado la más profunda y melancólica atención a cada orador por turno, pareció decidirse de pronto por la misma preferencia, a juzgar por un profundo sonido sepulcral que se le escapó y que podría interpretarse como una demostración de hilaridad. Su rostro, sin embargo, quedó tan absolutamente impasible ante ello, tanto antes como después, que aunque uno o dos de los comensales miraron alrededor, sobresaltados por un ruido misterioso, nadie relacionó al culpable con él.

Salvo su compañera de servicio, Clemency Newcome, quien, despertándolo con uno de aquellos instrumentos predilectos suyos, los codos, le preguntó en un susurro de reproche de qué se reía.

—De ti no —dijo Britain.

—¿De quién, entonces?

—De la humanidad —dijo Britain—. ¡Ésa es la gracia!

—¡Entre el amo y esos abogados, cada día está más chiflado! —exclamó Clemency, dándole un empujón con el otro codo, a modo de estimulante mental—. ¿Sabes dónde estás? ¿Quieres que te despidan?

—No sé nada —dijo Britain, con ojo de plomo y semblante inmóvil—. No me importa nada. No entiendo nada. No creo en nada. Y no quiero nada.

Aunque este desolado resumen de su estado general pudiera estar exagerado en un acceso de desánimo, Benjamin Britain —a veces llamado Britain el Chico, para distinguirlo del Grande; como podríamos decir la Joven Inglaterra, para expresar la Vieja Inglaterra con una diferencia decidida— había definido su verdadero estado con más exactitud de la que pudiera suponerse. Pues, sirviendo a modo de un cierto Miles al Fray Bacon del doctor, y escuchando día tras día innumerables arengas dirigidas por el doctor a diversas personas, todas tendentes a demostrar que su propia existencia era, en el mejor de los casos, un error y un absurdo, este desdichado servidor había caído, poco a poco, en tal abismo de sugestiones confusas y contradictorias, venidas de dentro y de fuera, que la Verdad en el fondo de su pozo estaba, en comparación, a ras de superficie junto a Britain en las honduras de su desconcierto. El único punto que comprendía con claridad era que el nuevo elemento que Snitchey y Craggs solían introducir en estas discusiones nunca servía para aclararlas, y siempre parecía dar al doctor una especie de ventaja y confirmación. Por ello, consideraba a la Firma como una de las causas próximas de su estado de ánimo, y la tenía, en consecuencia, en abominación.

—Pero esto no es asunto nuestro, Alfred —dijo el doctor—. Dejando de ser mi pupilo (como has dicho) hoy; y dejándote rebosante de cuanto saber pudo darte la escuela de gramática de por aquí, y tus estudios en Londres pudieron añadir a eso, y cuanto conocimiento práctico un viejo y torpe médico de campo como yo pudo injertar en ambos, te marchas ahora al mundo. Terminado el primer plazo de la prueba que impuso tu pobre padre, marcha ahora, dueño de ti mismo, a cumplir su segundo deseo. Y mucho antes de que acabe tu gira de tres años por las escuelas extranjeras de medicina, nos habrás olvidado. ¡Señor, nos olvidarás con facilidad en seis meses!

—Si lo hago... Pero tú sabes mejor que yo; ¿para qué he de hablarte? —dijo Alfred, riendo.

—No sé nada de eso —respondió el doctor—. ¿Qué dices tú, Marion?

Marion, jugueteando con su taza de té, pareció decir —pero no lo dijo— que era muy libre de olvidarla, si podía. Grace apretó aquel rostro en flor contra su mejilla, y sonrió.

—No he sido, espero, un mayordomo demasiado injusto en el desempeño de mi encargo —prosiguió el doctor—; pero he de ser, en todo caso, formalmente relevado, y absuelto, y no sé qué más esta mañana; y aquí están nuestros buenos amigos Snitchey y Craggs, con una bolsa llena de papeles, y cuentas, y documentos, para el traspaso del saldo del fondo fiduciario a ti (desearía que fuese más difícil de disponer, Alfred, pero habrás de hacerte un gran hombre y lograr que lo sea), y otras zarandajas por el estilo, que han de firmarse, sellarse y entregarse.

—Y debidamente atestiguadas, como exige la ley —dijo Snitchey, apartando su plato y sacando los papeles, que su socio procedió a extender sobre la mesa—; y habiendo sido Self y Craggs cofiduciarios con usted, doctor, en lo tocante al fondo, necesitaremos que sus dos criados atestigüen las firmas... ¿Sabe usted leer, señora Newcome?

—No estoy casada, amo —dijo Clemency.

—¡Oh! Le pido perdón. Ya me lo imaginaba —rió entre dientes Snitchey, paseando la vista por su extraordinaria figura—. ¿Sabe usted leer?

—Un poco —respondió Clemency.

—El oficio de matrimonio, ¿noche y mañana, eh? —observó el abogado, jocoso.

—No —dijo Clemency—. Demasiado difícil. Yo sólo leo un dedal.

—¡Leer un dedal! —repitió Snitchey—. ¿Qué está diciendo, joven?

Clemency asintió con la cabeza—. Y un rallador de nuez moscada.

—Vaya, ¡esto es una loca! ¡Un caso para el Lord Canciller! —dijo Snitchey, mirándola fijamente.

—Si posee alguna propiedad —estipuló Craggs.

Grace, sin embargo, interviniendo, explicó que cada uno de los objetos en cuestión llevaba grabado un lema, y así formaban la biblioteca de bolsillo de Clemency Newcome, que no era muy dada al estudio de los libros.

—¡Ah, conque es eso, señorita Grace! —dijo Snitchey.

—Sí, sí. ¡Ja, ja, ja! Creía que nuestra amiga era una idiota. Lo parece de lo más notable —murmuró, con una mirada de suficiencia—. ¿Y qué dice el dedal, señora Newcome?

—No estoy casada, amo —observó Clemency.

—Bien, Newcome. ¿Le vale así? —dijo el abogado—. ¿Qué dice el dedal, Newcome?

Cómo Clemency, antes de responder a esta pregunta, sostuvo abierto un bolsillo y miró hacia sus profundidades boquiabiertas en busca del dedal que no estaba allí, y cómo luego sostuvo abierto el bolsillo opuesto, y pareciendo divisarlo, cual perla de gran precio, en el fondo, apartó los obstáculos intermedios, tales como un pañuelo, un cabo de vela de cera, una manzana sonrosada, una naranja, un penique de la suerte, un hueso de la buena suerte contra los calambres, un candado, unas tijeras en una funda más expresivamente descriptible como unas prometedoras tijeritas jóvenes, un puñado suelto de abalorios, varias bolas de algodón, un estuche de agujas, una colección de papeles de rizar y una galleta, todos los cuales objetos confió individual y separadamente a Britain para que los sostuviera, carece de importancia.

Ni tampoco importa cómo, en su determinación de agarrar aquel bolsillo por el cuello y mantenerlo prisionero (pues tenía tendencia a balancearse y torcerse hacia la esquina más cercana), asumió y sostuvo con calma una postura al parecer incompatible con la anatomía humana y las leyes de la gravedad. Basta decir que al fin produjo triunfalmente el dedal en su dedo, y agitó el rallador de nuez moscada: la literatura de ambas alhajas hallándose evidentemente en proceso de desgastarse y consumirse por el excesivo roce.

—Ése es el dedal, ¿eh, joven? —dijo el señor Snitchey, divirtiéndose a su costa—. ¿Y qué dice el dedal?

—Dice —respondió Clemency, leyendo despacio en derredor como si fuera una torre—: Perdona-y-olvida.

Snitchey y Craggs rieron de buena gana. —¡Qué novedad! —dijo Snitchey. —¡Qué fácil! —dijo Craggs. —¡Qué conocimiento del corazón humano encierra! —dijo Snitchey. —¡Qué aplicable a los asuntos de la vida! —dijo Craggs.

—¿Y el rallador de nuez moscada? —preguntó el jefe de la Firma.

—El rallador dice —respondió Clemency—: Haz-con-los-de-más-lo-que-quieras-que-hagan-contigo.

—Hágalo, o la rallarán a usted, querrá decir —dijo el señor Snitchey.

—No lo entiendo —replicó Clemency, meneando vagamente la cabeza—. No soy abogada.

—Me temo que si lo fuerais, doctor —dijo el señor Snitchey, volviéndose hacia él de pronto, como para anticiparse a cualquier efecto que pudiera causar de otro modo esta réplica—, la hallaríais la regla de oro de la mitad de sus clientes. Bastante serios se muestran en eso —caprichoso que es su mundo—, y luego nos echan la culpa a nosotros. Nosotros, en nuestra profesión, no somos, al fin y al cabo, más que espejos, señor Alfred; pero solemos ser consultados por gentes iracundas y pendencieras que no están en su mejor aspecto, y es más bien duro que se enfaden con nosotros si reflejamos aspectos desagradables. Creo —dijo el señor Snitchey— que hablo en nombre de Self y Craggs.

—Decididamente —dijo Craggs.

—Y así, si el señor Britain tiene la bondad de ofrecernos un bocado de tinta —dijo el señor Snitchey, volviendo a los papeles—, firmaremos, sellaremos y entregaremos cuanto antes, o la diligencia pasará antes de que nos demos cuenta de dónde estamos.

A juzgar por su aspecto, había toda probabilidad de que la diligencia pasara antes de que el señor Britain supiera dónde estaba él; pues permanecía en un estado de abstracción, sopesando mentalmente al doctor contra los abogados, y a los abogados contra el doctor, y a sus clientes contra ambos, y empeñado en débiles intentos de hacer que el dedal y el rallador de nuez moscada (idea nueva para él) cuadraran con el sistema filosófico de cualquiera; y, en fin, embrollándose tanto como jamás lo hiciera su gran tocayo con teorías y escuelas. Pero Clemency, que era su buen Genio —aunque él tenía la más mezquina opinión posible de su entendimiento, por razón de que ella rara vez se molestaba en especulaciones abstractas, y siempre estaba a mano para hacer lo debido en el momento debido—, habiendo producido la tinta en un abrir y cerrar de ojos, le prestó el servicio adicional de devolverlo en sí mediante la aplicación de sus codos; con cuyos

suaves abanicos le refrescó tanto la memoria, en una construcción más literal de esa frase de lo habitual, que pronto quedó del todo despabilado y despierto.

Cómo padeció una aprensión no infrecuente entre las personas de su condición, para quienes el uso de pluma y tinta es todo un acontecimiento, de que no podía estampar su nombre en un documento que no fuera de su propia mano sin comprometerse de algún modo indefinido, o firmar de algún modo sumas vagas y enormes de dinero; y cómo se acercó a las escrituras bajo protesta, y a fuerza de la coacción del doctor, e insistió en detenerse a mirarlas antes de escribir (la letra apretada, por no hablar de la fraseología, siendo para él poco menos que chino), y también en volverlas para ver si había algo fraudulento debajo; y cómo, tras haber firmado su nombre, quedó tan desolado como quien se ha desprendido de su propiedad y sus derechos; me falta tiempo para contarlos. También cómo la bolsa azul que contenía su firma cobró después para él un misterioso interés, y no podía dejarla; también cómo Clemency Newcome, en un éxtasis de risa ante la idea de su propia importancia y dignidad, se cernió sobre toda la mesa con sus dos codos, como un águila desplegada, y reposó la cabeza sobre el brazo izquierdo como preliminar a la formación de ciertos caracteres cabalísticos, que requerían un buen chorro de tinta, y cuyas contrapartes imaginarias ejecutaba al mismo tiempo con la lengua. También cómo, habiendo probado una vez la tinta, se volvió sedienta de ella en ese sentido, como se dice que los tigres domesticados quedan tras probar otra clase de líquido, y quiso firmarlo todo, y poner su nombre en toda suerte de lugares. En suma, el doctor quedó relevado de su encargo y de todas sus responsabilidades; y Alfred, haciéndose cargo de él, quedó lanzado, y bien, en el camino de la vida.

—¡Britain! —dijo el doctor—. Corre a la verja, y vigila la diligencia. El tiempo vuela, Alfred.

—Sí, señor, sí —respondió el joven, apresurado—. ¡Querida Grace! ¡Un momento! Marion..., tan joven y hermosa, tan encantadora y tan admirada, tan cara a mi corazón como ninguna otra cosa en la vida..., ¡recuérdalo! Te dejo a Marion.

—Siempre ha sido para mí un cargo sagrado, Alfred. Ahora lo es doblemente. Seré fiel a mi encargo, créeme.

—Lo creo, Grace. Lo sé bien. ¡Quién podría mirar tu rostro, y oír tu voz, y no saberlo! ¡Ah, Grace! Si yo tuviera tu corazón tan bien gobernado, y tu ánimo sereno, con qué valentía dejaría hoy este lugar.

—¿De veras? —respondió ella con una sonrisa serena.

—Y sin embargo, Grace... Hermana parece la palabra natural.

—¡Úsala! —dijo ella con presteza—. Me alegra oírla. No me llames de otro modo.

—Y sin embargo, hermana, entonces —dijo Alfred—, Marion y yo haríamos mejor en tener aquí tus cualidades fieles y firmes sirviéndonos, y haciéndonos a los dos más felices y mejores. ¡No las llevaría conmigo para sostenerme, aunque pudiera!

—¡La diligencia en lo alto de la colina! —exclamó Britain.

—El tiempo vuela, Alfred —dijo el doctor.

Marion se había mantenido aparte, con los ojos clavados en el suelo; pero, dado este aviso, su joven amante la llevó tiernamente adonde estaba su hermana, y la puso en su abrazo.

—Le he estado diciendo a Grace, querida Marion —dijo él—, que tú eres su encargo; mi preciado depósito al partir. Y cuando vuelva y te reclame, mi más querida, y se extienda ante nosotros el brillante porvenir de nuestra vida de casados, será uno de nuestros mayores placeres consultar cómo hacer feliz a Grace; cómo anticiparnos a sus deseos; cómo mostrarle nuestra gratitud y nuestro amor; cómo devolverle algo de la deuda que habrá acumulado sobre nosotros.

La hermana menor tenía una mano en la suya; la otra descansaba sobre el cuello de su hermana. Miró a los ojos de aquella hermana, tan serenos, apacibles y alegres, con una mirada en que se fundían el cariño, la admiración, la tristeza, el asombro, casi la veneración. Miró el rostro de aquella hermana como si fuera el rostro de un ángel radiante. Sereno, apacible y alegre, aquel rostro le devolvió la mirada a ella y a su enamorado.

—Y cuando llegue el momento, como ha de llegar un día —dijo Alfred—, me maravilla que aún no haya llegado, pero Grace sabe mejor, pues Grace siempre tiene razón, cuando ella quiera una amiga a quien abrir todo su corazón, y ser para ella algo de lo que ella ha sido para nosotras..., en-

tonces, Marion, ¡qué fieles seremos, y qué deleite para nosotros saber que ella, nuestra querida y buena hermana, ama y es amada a su vez, como quisiéramos que lo fuera!

Aún la hermana menor la miraba a los ojos, y no se volvía, ni siquiera hacia él. Y aún aquellos ojos sinceros le devolvían la mirada, tan serenos, apacibles y alegres, a ella y a su enamorado.

—Y cuando todo eso haya pasado, y seamos viejos, y vivamos (¡como habremos de vivir!) juntos, muy juntos, hablando a menudo de los viejos tiempos —dijo Alfred—, éstos serán nuestros momentos preferidos entre ellos... este día, el más preferido de todos; y contándonos el uno al otro qué pensamos y sentimos, y esperamos y temimos al partir; y cómo no pudimos soportar decirnos adiós...

—¡La diligencia viene por el bosque! —exclamó Britain.

—Sí. Estoy listo... y cómo nos reencontramos, tan felices a pesar de todo; haremos de este día el más feliz de todo el año, y lo guardaremos como un triple cumpleaños. ¿Verdad, querida?

—¡Sí! —terció la hermana mayor con vehemencia, y con una sonrisa radiante—. ¡Sí! Alfred, no te demores. No hay tiempo. Di adiós a Marion. ¡Y que el Cielo te acompañe!

Estrechó a la hermana menor contra su corazón. Libre ya de su abrazo, ella se aferró de nuevo a su hermana; y sus ojos, con la misma mirada mezclada, buscaron de nuevo aquellos otros, tan serenos, apacibles y alegres.

—¡Adiós, muchacho! —dijo el doctor—. Hablar de correspondencia seria, o de afectos serios, y compromisos y demás, en una... ¡ja, ja, ja!... ya sabes lo que quiero decir... eso, claro está, sería pura tontería. Todo lo que puedo decir es que, si tú y Marion seguís teniendo las mismas necias intenciones, no me opondré a teneros por yerno uno de estos días.

—¡Cruzando el puente! —gritó Britain.

—¡Que venga! —dijo Alfred, estrechando con firmeza la mano del doctor—. Pensad en mí a veces, mi viejo amigo y tutor, tan seriamente como puedas. ¡Adiós, señor Snitchey! ¡Adiós, señor Craggs!

—¡Bajando por el camino! —gritó Britain.

—¡Un beso de Clemency Newcome, por los viejos tiempos! ¡Dadme la mano, Britain! Marion, corazón mío, ¡adiós! ¡Hermana Grace! ¡Recuérdalo!

La serena figura casera, y el rostro tan hermoso en su serenidad, se volvieron hacia él en respuesta; pero la mirada y la actitud de Marion permanecieron inmutables.

La diligencia estaba en la verja. Hubo un ajeteo con el equipaje. La diligencia partió. Marion no se movió.

—Te saluda con el sombrero, querida mía —dijo Grace—. Tu prometido, cariño. ¡Mira!

La hermana menor alzó la cabeza y, por un instante, la volvió. Luego, volviéndola de nuevo, y encontrándose por primera vez plenamente con aquellos ojos serenos, cayó sollozando sobre su cuello.

—¡Ay, Grace! ¡Dios te bendiga! ¡Pero no puedo soportar verlo, Grace! Se me parte el corazón.

PARTE II. SEGUNDA PARTE

SNITCHEY Y CRAGGS tenían un pequeño y acogedor despacho en el antiguo Campo de Batalla, donde llevaban un pequeño y acogedor negocio, y libraban un buen número de pequeñas batallas campales por un buen número de partes en litigio. Aunque difícilmente podía decirse de estos conflictos que fuesen combates de movimiento —pues en verdad solían avanzar a paso de tortuga—, la parte que en ellos tenía la Firma entraba tan de lleno en la denominación general, que unas veces disparaban contra este Demandante, otras asestaban un tajo a aquel Demandado, otras cargaban con fuerza contra una finca en litigio de Cancillería, y otras sostenían ligeras escaramuzas entre una tropa irregular de pequeños deudores, según se presentara la ocasión y el enemigo tuviese a bien mostrarse. La Gaceta era un elemento importante y provechoso en algunos de sus campos de batalla, como en campos de mayor renombre; y en la mayoría de las Acciones en que mostraban su arte de la estrategia, observaban después los combatientes que habían tenido gran dificultad en distinguirse el uno al otro, o en saber con algún grado de claridad qué se traían entre manos, a causa de la enorme cantidad de humo que los envolvía.

Las oficinas de los señores Snitchey y Craggs estaban cómodamente situadas, con una puerta abierta al final de dos peldaños lisos, en la plaza del mercado; de modo que cualquier granjero colérico e inclinado a las aguas hirvientes podía caer de bruces en ellas sin más trámite. Su sala de consejo particular y cámara de conferencias era una vieja trastienda del piso de arriba, de techo bajo y oscuro, que parecía fruncir sombríamente el ceño en la consideración de enrevesados puntos de derecho. Estaba amueblada con algunas sillas de cuero de alto respaldo, adornadas con grandes clavos de latón de ojos saltones, de los cuales, aquí y allá, dos o tres se habían caído

—o quizá los habían arrancado los dedos y pulgares errantes de clientes desconcertados—. Había un retrato enmarcado de un gran juez, en cuya peluca cada uno de los rizos habría erizado el cabello a cualquiera. Fardos de papeles llenaban los polvorientos armarios, estantes y mesas; y alrededor del zócalo había hileras de cajas, con candado y a prueba de fuego, con los nombres de la gente pintados por fuera, que los visitantes ansiosos se sentían obligados, por una cruel hechicería, a deletrear del derecho y del revés y a formar anagramas con ellos, mientras aguardaban sentados, aparentando escuchar a Snitchey y Craggs, sin entender una sola palabra de lo que decían.

Snitchey y Craggs tenían cada uno, en la vida privada como en la existencia profesional, un socio propio. Snitchey y Craggs eran los mejores amigos del mundo, y se tenían mutua y verdadera confianza; pero la señora Snitchey, por una disposición no infrecuente en los asuntos de la vida, desconfiaba por principio del señor Craggs, y la señora Craggs desconfiaba por principio del señor Snitchey. «Sus Snitcheys, vamos», solía observar esta última señora, a veces, al señor Craggs; empleando ese plural imaginativo como si despreciase un par de pantalones censurables, o cualquier otro artículo que no tuviera número singular; «no veo qué necesidad tiene usted de sus Snitcheys, por mi parte. Se fía usted demasiado de sus Snitcheys, en mi opinión, y espero que nunca llegue a comprobar que tenía yo razón». Mientras que la señora Snitchey solía observar al señor Snitchey, acerca de Craggs, «que si alguna vez se había dejado llevar por algún hombre, había sido por ese hombre, y que si alguna vez había leído un doble propósito en unos ojos mortales, ese propósito lo había leído en los ojos de Craggs». A pesar de ello, sin embargo, todos eran muy buenos amigos en general; y la señora Snitchey y la señora Craggs mantenían una estrecha alianza contra «la oficina», a la que ambas consideraban la Cámara Azul, y enemigo común, lleno de peligrosas (por desconocidas) maquinaciones.

En esta oficina, no obstante, Snitchey y Craggs hacían miel para sus respectivas colmenas. Aquí, algunas veces, se demoraban, en una hermosa tarde, junto a la ventana de su sala de consejo que daba al viejo campo de batalla, y se maravillaban (aunque esto solía suceder por lo general en época de audiencias, cuando el mucho trabajo los había vuelto sentimentales) de la necedad de la humanidad, que no podía estar siempre en paz unos con otros e ir a juicio cómodamente. Aquí pasaron sobre ellos días, se-

manas, meses y años: su calendario, el número menguante de clavos de latón en las sillas de cuero, y el volumen creciente de papeles en las mesas. Aquí, el vuelo de casi tres años había adelgazado lo uno y henchido lo otro, desde aquel desayuno en el huerto; mientras se sentaban juntos en consulta, de noche.

No solos; sino con un hombre de treinta años, o poco más o menos, vestido con descuido, y algo demacrado de rostro, pero bien hecho, bien ataviado y de buena presencia, que estaba sentado en el sillón de honor, con una mano en el pecho y la otra en su cabello desgredado, cavilando taciturno. Los señores Snitchey y Craggs se sentaban frente a frente en un pupitre cercano. Sobre él descansaba una de las cajas a prueba de fuego, sin candado y abierta; parte de su contenido estaba desparramado sobre la mesa, y el resto iba entonces pasando por las manos del señor Snitchey, quien lo acercaba a la vela, documento por documento; miraba cada papel por separado a medida que lo sacaba, meneaba la cabeza y se lo entregaba al señor Craggs, quien también lo repasaba, meneaba la cabeza y lo dejaba a un lado. A veces se detenían y, meneando la cabeza al unísono, miraban hacia el cliente ensimismado. Y como el nombre de la caja era Michael Warden, Esquire, podemos concluir de estas premisas que tanto el nombre como la caja eran suyos, y que los asuntos de Michael Warden, Esquire, iban de mal en peor.

—Eso es todo —dijo el señor Snitchey, dando vuelta al último papel—. Realmente no hay otro recurso. Ningún otro recurso.

—¿Todo perdido, gastado, malbaratado, empeñado, tomado prestado y vendido, eh? —dijo el cliente, alzando la vista.

—Todo —repuso el señor Snitchey.

—¿Nada más que se pueda hacer, dice usted?

—Nada en absoluto.

El cliente se mordió las uñas, y volvió a cavilar.

—¿Y ni siquiera estoy personalmente a salvo en Inglaterra? ¿Se atiene usted a eso?

—En ninguna parte del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda —replicó el señor Snitchey.

—¿Un simple hijo pródigo sin padre al que volver, sin cerdos que guardar ni algarrobas que compartir con ellos? ¿Eh? —prosiguió el cliente, balanceando una pierna sobre la otra y escudriñando el suelo con la mirada.

El señor Snitchey tosió, como para desmarcarse de participar en cualquier ilustración figurada de una posición jurídica. El señor Craggs, como para expresar que era un parecer conjunto de la sociedad sobre el asunto, tosió también.

—¡Arruinado a los treinta años! —dijo el cliente—. ¡Vaya!

—No arruinado, señor Warden —repuso Snitchey—. No tan mal como eso. Ha hecho usted mucho para conseguirlo, debo decir, pero no está arruinado. Con un poco de cuidado...

—Un poco de demonios —dijo el cliente.

—Señor Craggs —dijo Snitchey—, ¿tendría la bondad de darme un pelizco de rapé? Gracias, señor.

Mientras el imperturbable abogado se lo llevaba a la nariz con gran deleite aparente y una perfecta absorción de su atención en la operación, el cliente fue esbozando poco a poco una sonrisa y, alzando la vista, dijo:

—Habla usted de cuidado. ¿Cuánto tiempo de cuidado?

—¿Cuánto tiempo de cuidado? —repitió Snitchey, sacudiéndose el rapé de los dedos y haciendo un cálculo lento en su mente—. Para sus asuntos comprometidos, señor. ¿En buenas manos? ¿Las de S. y C., digamos? Seis o siete años.

—¡Pasar hambre durante seis o siete años! —dijo el cliente con una risa malhumorada, y un cambio impaciente de postura.

—Pasar hambre durante seis o siete años, señor Warden —dijo Snitchey—, sería en verdad muy poco corriente. Podría usted conseguir otra fortuna simplemente dejándose ver, mientras tanto. Pero no creemos que pudiera usted hacerlo —hablando por mí mismo y por Craggs— y en consecuencia no se lo aconsejamos.

—¿Qué me aconseja usted, entonces?

—Cuidado, digo yo —repitió Snitchey—. Unos pocos años de cuidado por parte de mí mismo y de Craggs lo arreglarían. Pero para permitirnos ne-

gociar condiciones, y sostener esas condiciones, y para que usted las cumpla, tiene usted que marcharse; tiene usted que vivir en el extranjero. En cuanto a pasar hambre, podríamos asegurarle unos cuantos cientos al año con que morirse de hambre, incluso al principio... me atrevo a decir, señor Warden.

—Cientos —dijo el cliente—. ¡Y yo he gastado miles!

—Eso —replicó el señor Snitchey, volviendo a guardar lentamente los papeles en la caja de hierro fundido— no admite duda. Ninguna du... da —repitió para sí, mientras proseguía pensativo su tarea.

Es muy probable que el abogado conociera bien a su hombre; en todo caso, su modo seco, agudo y singular ejerció una influencia favorable sobre el ánimo taciturno del cliente, y lo dispuso a mostrarse más franco y desenvuelto. O tal vez el cliente conocía bien a su hombre, y había suscitado el ánimo que había recibido para hacer más defendible en apariencia cierto propósito que estaba a punto de revelar. Alzando la cabeza poco a poco, se quedó mirando a su incommovible consejero con una sonrisa que pronto estalló en risa.

—Después de todo —dijo—, mi amigo de cabeza de hierro...

El señor Snitchey señaló a su socio. —Mi propia persona y... disculpe usted... Craggs.

—Pido perdón al señor Craggs —dijo el cliente—. Después de todo, mis amigos de cabeza de hierro —se inclinó hacia delante en su silla, y bajó un poco la voz—, todavía no conocen ustedes ni la mitad de mi ruina.

El señor Snitchey se detuvo y se le quedó mirando. El señor Craggs también se le quedó mirando.

—No solo estoy profundamente endeudado —dijo el cliente—, sino que estoy profundamente en...

—¡No enamorado! —exclamó Snitchey.

—¡Sí! —dijo el cliente, echándose hacia atrás en su silla y contemplando a la Firma con las manos en los bolsillos—. Profundamente enamorado.

—¿Y no de una heredera, señor? —dijo Snitchey.

—No de una heredera.

—¿Ni de una dama rica?

—Ni de una dama rica que yo sepa... salvo en belleza y mérito.

—¿Una dama soltera, confío? —dijo el señor Snitchey, con gran expresión.

—Ciertamente.

—¿No será una de las hijas del doctor Jeddler? —dijo Snitchey, cuadrando de pronto los codos sobre las rodillas y adelantando el rostro por lo menos una vara.

—¡Sí! —repuso el cliente.

—¿No la hija menor? —dijo Snitchey.

—¡Sí! —repuso el cliente.

—Señor Craggs —dijo Snitchey, muy aliviado—, ¿tendría la bondad de darme otro pellizco de rapé? ¡Gracias! Me alegra decir que no importa, señor Warden; está comprometida, señor, está prometida. Mi socio puede corroborarlo. Conocemos el hecho.

—Conocemos el hecho —repitió Craggs.

—Pues yo también, quizá —repuso el cliente con tranquilidad—. ¿Y qué con eso? ¿Son ustedes hombres de mundo, y nunca oyeron hablar de que una mujer cambiara de parecer?

—Ciertamente ha habido demandas por incumplimiento de promesa —dijo el señor Snitchey—, entabladas tanto contra solteronas como contra viudas, pero, en la mayoría de los casos...

—¡Casos! —interpuso el cliente, impaciente—. No me hable usted de casos. El precedente general está en un volumen mucho más extenso que cualquiera de sus libros de derecho. Además, ¿creen ustedes que he vivido seis semanas en casa del Doctor para nada?

—Yo pienso, señor —observó el señor Snitchey, dirigiéndose gravemente a su socio—, que de todos los apuros en que los caballos del señor Warden lo han metido, una vez y otra —y han sido bastante numerosos, y bastante costosos, como nadie sabe mejor que él mismo, y usted, y yo—, el peor apuro podría resultar ser, si sigue hablando de este modo, el de haber sido

dejado en cierta ocasión por uno de ellos junto a la tapia del jardín del Doctor, con tres costillas rotas, una clavícula partida, y sabe Dios cuántos moratones. No le dimos tanta importancia en su momento, cuando sabíamos que se iba reponiendo bien bajo las manos y el techo del Doctor; pero ahora tiene mal aspecto, señor. ¿Mal? Tiene muy mal aspecto. El doctor Jeddler, además... cliente nuestro, señor Craggs.

—El señor Alfred Heathfield, también... una especie de cliente, señor Snitchey —dijo Craggs.

—El señor Michael Warden, también, una especie de cliente —dijo el despreocupado visitante—, y no de los peores tampoco: habiendo hecho el necio durante diez o doce años. Sin embargo, el señor Michael Warden ha sembrado ya su cizaña de juventud... ahí tienen la cosecha, en esa caja; y tiene el propósito de arrepentirse y hacerse sensato. Y como prueba de ello, el señor Michael Warden tiene el propósito, si puede, de casarse con Marion, la encantadora hija del Doctor, y llevársela consigo.

—Realmente, señor Craggs —empezó Snitchey.

—Realmente, señor Snitchey, y señor Craggs, socios ambos —dijo el cliente, interrumpiéndolo—, ustedes conocen su deber para con sus clientes, y saben bien, estoy seguro, que no forma parte de él intervenir en un simple asunto de amor, que me veo obligado a confiarles. No pienso llevarme a la joven dama sin su propio consentimiento. No hay nada ilegal en ello. Nunca fui amigo íntimo del señor Heathfield. No violo ninguna confidencia suya. Amo donde él ama, y me propongo ganar donde él ganaría, si puedo.

—No puede, señor Craggs —dijo Snitchey, visiblemente inquieto y contrariado—. No puede hacerlo, señor. Ella está loca por el señor Alfred.

—¿Lo está? —repuso el cliente.

—Señor Craggs, está loca por él, señor —insistió Snitchey.

—No viví seis semanas, hace algunos meses, en casa del Doctor para nada; y de eso dudé pronto —observó el cliente—. Habría acabado por estar loca por él, si su hermana hubiera podido conseguirlo; pero yo los observaba. Marion evitaba su nombre, evitaba el tema; se encogía ante la más leve alusión a él, con evidente turbación.

—¿Y por qué habría de hacerlo, señor Craggs, sabe usted? ¿Por qué habría de hacerlo, señor? —inquirió Snitchey.

—No sé por qué habría de hacerlo, aunque hay muchas razones probables —dijo el cliente, sonriendo ante la atención y perplejidad que se reflejaban en el ojo brillante del señor Snitchey, y ante su cautelosa manera de llevar la conversación e informarse sobre el asunto—; pero sé que lo hace. Era muy joven cuando contrajo el compromiso —si es que puede llamarse así, ni siquiera estoy seguro de eso— y se ha arrepentido de él, quizá. Quizá... parece cosa de petimetre decirlo, pero sobre mi alma que no lo digo en ese sentido... se haya enamorado de mí, como yo me he enamorado de ella.

—¡Je, je! El señor Alfred, también su antiguo compañero de juegos, recuerde usted, señor Craggs —dijo Snitchey, con una risa turbada—. ¡La conoció casi desde niña!

—Lo cual hace más probable que esté cansada de esa idea —prosiguió serenamente el cliente—, y no indisputada a cambiarla por la más nueva de otro pretendiente, que se presenta (o es presentado por su caballo) en circunstancias románticas; que goza de la fama no del todo desfavorable —entre las muchachas de campo— de haber vivido despreocupada y alegremente, sin hacer mucho daño a nadie; y que, por su juventud y su figura, y demás... esto puede volver a parecer petimetre, pero sobre mi alma que no lo digo en ese sentido... quizá podría pasar entre la gente, en comparación, con el propio señor Alfred.

No cabía contradecir esta última afirmación, ciertamente; y el señor Snitchey, mirándolo, así lo pensó. Había algo naturalmente airoso y agradable en la mismísima despreocupación de su aire. Parecía sugerir, de su rostro agraciado y su figura bien formada, que podrían mejorar mucho si él quisiera; y que, una vez despertado y vuelto serio (aunque nunca lo había sido todavía), podría estar lleno de fuego y de resolución. «Una especie de libertino peligroso», pensó el sagaz abogado, «que parece dispuesto a prender la chispa que necesita en los ojos de una jovencita».

—Ahora bien, atienda usted, Snitchey —prosiguió, levantándose y cogiéndolo por el botón—, y Craggs —cogiéndolo también por el botón, y colocando a un socio a cada lado, de modo que ninguno pudiera escabullirse—. No les pido a ustedes ningún consejo. Hacen bien en mantenerse

completamente al margen de todas las partes en un asunto así, que no es de aquellos en que hombres serios como ustedes puedan intervenir, en ningún bando. Voy a repasar brevemente, en media docena de palabras, mi posición y mi intención, y luego les dejaré a ustedes que hagan lo mejor por mí, en cuestiones de dinero, que puedan: viendo que, si me fugo con la hermosa hija del Doctor (como espero hacer, y convertirme en otro hombre bajo su luminosa influencia), será, por el momento, más costoso que fugarme solo. Pero pronto lo recuperaré todo con una vida distinta.

—Creo que sería mejor no oír esto, ¿verdad, señor Craggs? —dijo Snitchey, mirándolo por encima del cliente.

—Yo creo que no —dijo Craggs. Ambos escuchaban con atención.

—¡Bien! No tienen ustedes por qué oírlo —replicó su cliente—. Lo mencionaré, sin embargo. No pienso pedir el consentimiento del Doctor, porque no me lo daría. Pero no pienso hacer al Doctor ningún mal ni agravio, porque (además de que, como él dice, no hay nada serio en semejantes bagatelas) espero rescatar a su hija, mi Marion, de aquello que veo —que sé — que ella teme y contempla con desdicha: es decir, el regreso de ese antiguo pretendiente. Si algo hay verdadero en este mundo, es que ella teme su regreso. Nadie sale perjudicado hasta ahora. Ando tan acosado y atribulado por aquí en este momento, que llevo la vida de un pez volador. Me escondo en la oscuridad, se me cierra la puerta de mi propia casa, y se me advierte que no pise mis propias tierras; pero esa casa, y esas tierras, y muchos acres además, volverán a mí un día, como bien saben ustedes y dicen; y Marion probablemente será más rica —según sus propios cálculos, que nunca son optimistas— dentro de diez años como esposa mía, que como esposa de Alfred Heathfield, cuyo regreso ella teme (recuerden eso), y a quien, ni a ningún hombre, mi pasión tiene por qué envidiar. ¿Quién sale perjudicado hasta ahora? Es un caso limpio de principio a fin. Mi derecho es tan bueno como el suyo, si ella decide en mi favor; y probaré mi derecho ante ella sola. No querrán ustedes saber más después de esto, y no les diré más. Ahora ya conocen mi propósito y mis necesidades. ¿Cuándo debo marcharme de aquí?

—Dentro de una semana —dijo Snitchey—. ¿Señor Craggs?

—En algo menos, diría yo —respondió Craggs.

—Dentro de un mes —dijo el cliente, tras observar con atención los dos rostros—. Este mismo día, dentro de un mes. Hoy es jueves. Con éxito o fracaso, este mismo día, dentro de un mes, me marchó.

—Es una demora demasiado larga —dijo Snitchey—; demasiado larga. Pero que así sea. Yo creía que habría estipulado tres —murmuró para sí—. ¿Se marcha usted? ¡Buenas noches, señor!

—¡Buenas noches! —repuso el cliente, estrechando la mano a la Firma.

—Vivirán ustedes para verme hacer buen uso de las riquezas todavía. De ahora en adelante, ¡la estrella de mi destino es Marion!

—Cuidado con las escaleras, señor —replicó Snitchey—; que ella no brilla ahí. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches!

Así, ambos se quedaron a la cabecera de la escalera con un par de velas de oficina, viéndolo bajar. Cuando se hubo marchado, se quedaron mirándose el uno al otro.

—¿Qué piensa usted de todo esto, señor Craggs? —dijo Snitchey.

El señor Craggs meneó la cabeza.

—Era nuestra opinión, el día en que se firmó aquel finiquito, que había algo curioso en la separación de aquella pareja; lo recuerdo —dijo Snitchey.

—Así era —dijo el señor Craggs.

—Tal vez se engañe a sí mismo por completo —prosiguió el señor Snitchey, cerrando con llave la caja a prueba de fuego y guardándola—; o, si no, un poco de veleidad y perfidia no es ningún milagro, señor Craggs. Y sin embargo, yo creía que aquel bonito rostro era muy sincero. Creía —dijo el señor Snitchey, poniéndose el gabán (pues hacía mucho frío), calzándose los guantes, y apagando una vela— que incluso había visto su carácter volverse más fuerte y más resuelto últimamente. Más parecido al de su hermana.

—La señora Craggs era de la misma opinión —repuso Craggs.

—Esta noche daría realmente algo —observó el señor Snitchey, que era hombre de buen carácter—, si pudiera creer que el señor Warden está ha-

ciendo cálculos sin contar con el huésped; pero, ligero de cabeza, caprichoso y sin lastre como es, conoce algo del mundo y de sus gentes (debería, pues ha pagado caro por lo poco que sabe); y no puedo pensar del todo eso. Más nos vale no intervenir: no podemos hacer nada, señor Craggs, salvo quedarnos quietos.

—Nada —repuso Craggs.

—Nuestro amigo el Doctor toma a la ligera estas cosas —dijo el señor Snitchey, meneando la cabeza—. Espero que no tenga necesidad de su filosofía. Nuestro amigo Alfred habla de la batalla de la vida —volvió a menear la cabeza—; espero que no lo derriben temprano en el día. ¿Tiene usted su sombrero, señor Craggs? Voy a apagar la otra vela. —Como el señor Craggs respondiera afirmativamente, el señor Snitchey acompañó la acción a la palabra, y salieron a tientas de la sala de consejo, ahora tan oscura como el asunto, o como el derecho en general.

* * * * *

Mi historia pasa a un pequeño y tranquilo gabinete, donde, aquella misma noche, las hermanas y el saludable anciano Doctor estaban sentados junto a un alegre fuego. Grace trabajaba con la aguja. Marion leía en voz alta de un libro que tenía delante. El Doctor, en bata y zapatillas, con los pies extendidos sobre la cálida alfombra, se reclinaba en su sillón, y escuchaba el libro, y contemplaba a sus hijas.

Eran muy hermosas de ver. Dos rostros mejores para un hogar nunca hicieron un hogar tan luminoso y sagrado. Algo de la diferencia entre ellas se había suavizado con el paso de tres años; y entronizada en la frente clara de la hermana menor, asomando a través de sus ojos, y estremeciendo su voz, estaba aquella misma naturaleza sincera que su propia juventud sin madre había hecho madurar hacía tiempo en la hermana mayor. Pero ella seguía pareciendo a la vez la más hermosa y la más débil de las dos; seguía pareciendo reclinar la cabeza en el pecho de su hermana, y poner en ella su confianza, y buscar en sus ojos consejo y sostén. Aquellos ojos amorosos, tan serenos, apacibles y alegres como siempre.

—«Y estando en su propio hogar» —leyó Marion, del libro—; «su hogar, hecho exquisitamente entrañable por estos recuerdos, empezó ahora a saber que la gran prueba de su corazón pronto habría de llegar, y no podía demor-

arse. Oh, Hogar, nuestro consuelo y amigo cuando los demás nos abandonan, separarse del cual, en cualquier paso entre la cuna y la sepultura»...

—¡Marion, cariño mío! —dijo Grace.

—¡Vaya, Gatita! —exclamó su padre—. ¿Qué pasa?

Ella puso su mano sobre la mano que su hermana le tendía, y siguió leyendo; su voz aún vacilante y trémula, aunque hizo un esfuerzo por dominarla al verse así interrumpida.

—«Separarse del cual, en cualquier paso entre la cuna y la sepultura, siempre es doloroso. Oh, Hogar, tan fiel a nosotros, tan a menudo desdeñado a cambio, sé indulgente con los que se alejan de ti, y no persigas sus errantes pasos con demasiado reproche. Que ningún rostro amable, ninguna sonrisa bien recordada, se muestre en tu semblante fantasmal. Que ningún rayo de afecto, bienvenida, gentileza, indulgencia, cordialidad, brille desde tu cabeza blanca. Que ninguna vieja palabra o tono cariñoso se alce en juicio contra quien te abandonó; pero si puedes mirar con dureza y severidad, hazlo, ¡en piedad hacia el Penitente!»

—Querida Marion, no leas más esta noche —dijo Grace, pues estaba llorando.

—No puedo —replicó ella, y cerró el libro—. ¡Las palabras parecen todas de fuego!

El Doctor se divirtió con esto, y rió mientras le acariciaba la cabeza.

—¡Cómo! ¡Abrumada por un libro de cuentos! —dijo el doctor Jeddler—. ¡Papel impreso! Bueno, bueno, todo es lo mismo. Es tan razonable tomarse en serio el papel impreso como cualquier otra cosa. Pero seca tus ojos, cariño, seca tus ojos. Me atrevo a decir que la heroína ya ha vuelto a casa hace tiempo, y ha arreglado todo el asunto... y si no lo ha hecho, un hogar de verdad no es más que cuatro paredes; y uno ficticio, meros trapos y tinta. ¿Qué pasa ahora?

—Solo soy yo, amo —dijo Clemency, asomando la cabeza por la puerta.

—¿Y qué te pasa a ti? —dijo el Doctor.

—Ay, bendito sea usted, a mí no me pasa nada —repuso Clemency... y en verdad, a juzgar por su rostro bien enjabonado, en el que brillaba como

de costumbre el mismísimo espíritu del buen humor, que, por desgarrada que fuese, la hacía bastante simpática. Las rozaduras en los codos no se entienden generalmente, es cierto, como comprendidas en esa clase de encantos personales llamados lunares de belleza. Pero, mejor es, yendo por el mundo, tener rozados los brazos en ese estrecho pasadizo, que el temperamento: y el de Clemency estaba tan sano y entero como el de cualquier belleza del país.

— A mí no me pasa nada —dijo Clemency, entrando—, pero... acérquese usted un poco, amo.

El Doctor, algo asombrado, accedió a esta invitación.

— Usted dijo que no debía darle uno delante de ellas, ¿sabe? —dijo Clemency.

Un novato en la familia habría podido suponer, por su extraordinario coqueteo mientras lo decía, así como por un singular arrobó o éxtasis que se apoderaba de sus codos, como si se abrazara a sí misma, que «uno», en su interpretación más favorable, significaba un casto saludo. En efecto, el Doctor mismo pareció alarmarse, por un momento; pero recobró rápidamente su compostura, cuando Clemency, tras haber recurrido a ambos bolsillos —empezando por el derecho, pasando al equivocado, y luego volviendo otra vez al derecho—, sacó una carta de Correos.

— Britain pasaba por allí a caballo, haciendo un recado —dijo entre risitas, entregándosela al Doctor—, y vio llegar el correo, y la esperó. Hay una A. H. en la esquina. El señor Alfred está de camino a casa, apuesto lo que sea. Vamos a tener una boda en la casa... había dos cucharas en mi platillo esta mañana. ¡Ay, Suerte, qué despacio la abre!

Todo esto lo dijo a modo de soliloquio, alzándose gradualmente cada vez más de puntillas, en su impaciencia por oír la noticia, y haciendo un sacacorchos con el delantal, y una botella con la boca. Al fin, llegando a un clímax de suspense, y viendo al Doctor todavía enfrascado en la lectura de la carta, volvió a bajar plana sobre las plantas de los pies, y se echó el delantal, a modo de velo, sobre la cabeza, en muda desesperación, e incapacidad de aguantar más.

— ¡Vamos! ¡Niñas! —exclamó el Doctor—. No puedo evitarlo: nunca en mi vida he sabido guardar un secreto. No es que haya muchos secretos, la

verdad, que merezcan guardarse en una... bueno, no importa eso. Alfred vuelve a casa, hijas mías, en seguida.

—¡En seguida! —exclamó Marion.

—¡Vaya! ¡Qué pronto se olvida el libro de cuentos! —dijo el Doctor, pellizcándole la mejilla—. Pensé que la noticia secaría esas lágrimas. Sí. «Que sea una sorpresa», dice, aquí. Pero no puedo dejar que sea una sorpresa. Debe tener una bienvenida.

—¡En seguida! —repitió Marion.

—Bueno, tal vez no lo que tu impaciencia llama «en seguida» —repuso el Doctor—; pero bastante pronto, también. Veamos. Veamos. Hoy es jueves, ¿no es así? Pues promete estar aquí, este mismo día, dentro de un mes.

—¡Este mismo día, dentro de un mes! —repitió Marion, suavemente.

—Un día alegre y una fiesta para nosotros —dijo la voz jovial de su hermana Grace, besándola en felicitación—. Tan esperado, queridísima, y llegado por fin.

Ella respondió con una sonrisa; una sonrisa melancólica, pero llena de afecto fraterno. Mientras miraba el rostro de su hermana, y escuchaba la música apacible de su voz, imaginando la felicidad de aquel regreso, su propio rostro se iluminaba de esperanza y alegría.

Y con algo más; algo que brillaba cada vez más a través de todo el resto de su expresión; algo para lo que no tengo nombre. No era exultación, ni triunfo, ni orgulloso entusiasmo. Esas cosas no se muestran con tanta calma. No era solo amor y gratitud, aunque el amor y la gratitud formaban parte de ello. No emanaba de ningún pensamiento mezquino, pues los pensamientos mezquinos no iluminan la frente, ni se ciernen sobre los labios, ni mueven el espíritu como una luz agitada, hasta que la figura conmovida tiembla.

El doctor Jeddler, a pesar de su sistema de filosofía —que contradecía y negaba continuamente en la práctica, pero filósofos más famosos han hecho lo mismo—, no podía dejar de tener tanto interés en el regreso de su antiguo pupilo como si hubiera sido un asunto serio. Así que volvió a sentarse en su sillón, volvió a estirar los pies enzapatillados sobre la alfombra, leyó la carta una y otra vez muchísimas veces, y la comentó todavía más veces.

—¡Ah! Aquellos eran los tiempos —dijo el Doctor, mirando el fuego—, en que tú y él, Grace, solíais trotar por ahí del brazo, en sus vacaciones, como un par de muñecas andantes. ¿Te acuerdas?

—Me acuerdo —respondió ella, con su risa placentera, y manejando la aguja con diligencia.

—¡Este mismo día, dentro de un mes, vaya! —musitó el Doctor—. Eso apenas parece que haya sido hace un año. ¿Y dónde estaba entonces mi pequeña Marion?

—Nunca lejos de su hermana —dijo Marion, alegremente—, por pequeña que fuese. Grace lo era todo para mí, incluso cuando ella misma era una niña.

—Cierto, Gatita, cierto —repuso el Doctor—. Era una mujercita formal, Grace, y una ama de casa sabia, y una persona atareada, tranquila y agradable; sobrellevando nuestros humores y anticipando nuestros deseos, y siempre dispuesta a olvidar los suyos propios, incluso en aquellos tiempos. Nunca te conocí obstinada ni terca, Grace, cariño mío, ni siquiera entonces, en ningún tema salvo en uno.

—Me temo que he cambiado tristemente a peor, desde entonces —rió Grace, todavía atareada en su labor—. ¿Cuál fue ese, padre?

—Alfred, por supuesto —dijo el Doctor—. Nada te servía si no era que te llamaran la esposa de Alfred; así que te llamábamos la esposa de Alfred; y te gustaba más eso, creo yo (por extraño que ahora parezca), que si te hubiéramos llamado Duquesa, de haber podido hacerte una.

—¿De veras? —dijo Grace, con placidez.

—¿Cómo, no te acuerdas? —inquirió el Doctor.

—Creo que recuerdo algo de eso —repuso ella—, pero no mucho. Hace tanto tiempo. —Y mientras seguía trabajando, tarareó el estribillo de una vieja canción, que al Doctor le gustaba.

—Alfred encontrará pronto una esposa de verdad —dijo, dejando el tema—; y ese será un momento verdaderamente feliz para todos nosotros. Mi encargo de tres años está a punto de terminar, Marion. Ha sido muy fácil de cumplir. Le diré a Alfred, cuando te devuelva a él, que lo has amado tierna-

mente todo este tiempo, y que él nunca ha necesitado en absoluto mis buenos oficios. ¿Puedo decírselo así, cariño?

—Dile, querida Grace —replicó Marion—, que nunca hubo un encargo cumplido con tanta generosidad, nobleza y firmeza; y que te he amado a *ti*, todo este tiempo, cada día más y más querida; ¡y oh, cuán entrañablemente ahora!

—No —dijo su alegre hermana, devolviéndole el abrazo—, eso no podría decírselo yo; dejaremos mis méritos a la imaginación de Alfred. Será bastante generosa, querida Marion; como la tuya.

Con esto, retomó la labor que había dejado por un momento cuando su hermana habló con tanto fervor: y con ella, la vieja canción que al Doctor le gustaba oír. Y el Doctor, todavía reclinado en su sillón, con los pies enzap- atillados extendidos ante él sobre la alfombra, escuchó la melodía, y llevó el compás en la rodilla con la carta de Alfred, y miró a sus dos hijas, y pensó que, entre las muchas fruslerías de este mundo frívolo, estas fruslerías eran bastante agradables.

Clemency Newcome, entretanto, habiendo cumplido su misión y demor- ándose en la sala hasta hacerse partícipe de la noticia, bajó a la cocina, donde su colaborador, el señor Britain, se estaba regalando después de la cena, rodeado de tan abundante colección de tapaderas relucientes, cacerolas bien fregadas, fuentes bruñidas, teteras centelleantes, y demás señales de sus laboriosas costumbres, dispuestas en las paredes y estantes, que estaba sentado como en el centro de una sala de espejos. La mayoría no ofrecía, ciertamente, retratos muy halagüeños de él; ni eran, ni mucho menos, unán- imes en sus reflejos; pues unos lo hacían de rostro muy alargado, otros de rostro muy ancho, algunos con bastante buen aspecto, otros con muy mal aspecto, según sus distintas maneras de reflejar: que eran tan variadas, en cuanto a un mismo hecho, como las de otras tantas clases de hombres. Pero todos coincidían en que, en medio de ellos, estaba sentado, muy a sus an- chas, un individuo con una pipa en la boca y una jarra de cerveza a su codo, que saludaba a Clemency con condescendencia cuando esta se instalaba en la misma mesa.

—Bueno, Clemmy —dijo Britain—, ¿cómo estás a estas horas, y qué hay de nuevo?

Clemency le contó las noticias, que él recibió con gran gracia. Un cambio gracioso se había apoderado de Benjamin de pies a cabeza. Estaba mucho más ancho, mucho más colorado, mucho más alegre, y mucho más jovial en todos los sentidos. Parecía como si antes tuviera el rostro anudado, y ahora estuviera desenredado y alisado.

—Habrá otro trabajo para Snitchey y Craggs, supongo —observó, dando lentas chupadas a la pipa—. Más testificar para ti y para mí, quizá, ¡Clemmy!

—¡Anda! —replicó su bella compañera, con su torsión favorita de sus articulaciones favoritas—. ¡Ojalá fuera yo, Britain!

—¿Ojalá fueras tú, el qué?

—A punto de casarme —dijo Clemency.

Benjamin se sacó la pipa de la boca y rió de buena gana. —¡Sí! ¡Buena candidata eres tú para eso! —dijo—. ¡Pobre Clem! —Clemency por su parte rió tan de buena gana como él, y pareció tan divertida con la idea. —Sí —asintió—, buena candidata soy yo para eso; ¿verdad que sí?

—*Tú* nunca te casarás, ya lo sabes —dijo el señor Britain, retomando la pipa.

—¿No crees que llegaré a casarme? —dijo Clemency, con toda buena fe.

El señor Britain negó con la cabeza. —¡Ni la menor posibilidad!

—¡Fíjate! —dijo Clemency—. Bueno... supongo que tú piensas casarte, Britain, uno de estos días; ¿no?

Una pregunta tan brusca, sobre un tema tan trascendental, requería reflexión. Tras soltar una gran bocanada de humo, y mirarla con la cabeza ora hacia un lado ora hacia el otro, como si fuese realmente la pregunta, y él la estuviese examinando desde varios ángulos, el señor Britain respondió que no lo tenía del todo claro, pero... sí, sí... pensaba que podría llegar a eso al final.

—¡Le deseo dicha, sea quien sea! —exclamó Clemency.

—Ah, ya la tendrá —dijo Benjamin—, sin duda.

—Pero no habría llevado una vida tan dichosa como la que va a llevar, ni habría tenido un marido tan sociable como el que va a tener —dijo Clemency, extendiéndose medio cuerpo sobre la mesa, y mirando la vela con aire retrospectivo—, si no hubiera sido por... que no es que yo lo pretendiera, pues fue accidental, de eso estoy segura... si no hubiera sido por mí; ¿verdad que no, Britain?

—Ciertamente no —repuso el señor Britain, hallándose ya en aquel elevado estado de apreciación de su pipa en que un hombre puede abrir la boca solo un poquito para hablar; y sentado con lujosa inmovilidad en su silla, puede permitirse volver solo los ojos hacia un compañero, y eso muy pasiva y gravemente—. Ah, te estoy muy agradecido, ya lo sabes, Clem.

—¡Ay, qué gusto da pensar en eso! —dijo Clemency.

Al mismo tiempo, llevando sus pensamientos, así como su vista, hacia la grasa de la vela, y recordando de pronto sus propiedades curativas como bálsamo, se untó el codo izquierdo con una copiosa aplicación de aquel remedio.

—Ya ve, he hecho unas cuantas investigaciones de un tipo y otro en mi tiempo —prosiguió el señor Britain, con la profundidad de un sabio—, siendo siempre de mente inquisitiva; y he leído bastantes libros sobre los Derechos generales de las cosas y los Agravios de las cosas, pues yo mismo me metí en el ramo literario, cuando empecé mi vida.

—¿De veras? —exclamó Clemency, admirada.

—Sí —dijo el señor Britain—: estuve escondido la mayor parte de dos años detrás de un puesto de libros, listo para saltar si alguien se embolsaba un volumen; y después de eso, fui mozo de recados para una corsetera y modista, cargo en el que me empleaban para llevar por ahí, en cestas de hule, nada más que engaños... lo cual me agrió el ánimo y turbó mi confianza en la naturaleza humana; y después de eso, oí un mundo de discusiones en esta casa, que me agriaron el ánimo de nuevo; y mi opinión, después de todo, es que, como endulzante seguro y cómodo del mismo, y como guía agradable a lo largo de la vida, no hay nada como un rallador de nuez moscada.

Clemency estaba a punto de ofrecer una sugerencia, pero él se le adelantó y la detuvo.

—Combi-nado —añadió con gravedad— con un dedal.

—Haz con los demás lo que quieras, ya sabe, y etcétera, ¿eh? —observó Clemency, cruzando cómodamente los brazos en su deleite ante esta confesión, y dándose palmaditas en los codos—. Menudo atajo, ¿verdad?

—No estoy seguro —dijo el señor Britain— de que sea lo que se consideraría buena filosofía. Tengo mis dudas sobre eso; pero dura bien, y ahorra una buena cantidad de gruñidos, que el artículo genuino no siempre ahorra.

—¡Mira cómo te portabas tú mismo antes, ya lo sabes! —dijo Clemency.

—¡Ah! —dijo el señor Britain—. Pero lo más extraordinario, Clemmy, es que yo haya vivido para verme enmendado, por medio de ti. Esa es la parte extraña de todo esto. ¡Por medio de ti! Pues yo supongo que tú no tienes ni media idea en la cabeza.

Clemency, sin ofenderse en lo más mínimo, negó con ella, y rió, y se abrazó a sí misma, y dijo que «no, no suponía que la tuviera».

—Estoy bastante seguro de ello —dijo el señor Britain.

—Ah, me atrevo a decir que tienes razón —dijo Clemency—. Yo no pretendo tener ninguna. No quiero ninguna.

Benjamin se quitó la pipa de los labios, y rió hasta que las lágrimas le corrieron por la cara. —¡Vaya criatura de Dios que eres, Clemmy! —dijo, meneando la cabeza, con infinito deleite del chiste, y enjugándose los ojos. Clemency, sin la menor inclinación a discutirlo, hizo lo mismo, y rió tan de buena gana como él.

—No puedo evitar que me caigas bien —dijo el señor Britain—; eres una buena criatura, a tu manera, así que estréchame la mano, Clem. Pase lo que pase, siempre me acordaré de ti, y seré tu amigo.

—¿De veras? —repuso Clemency—. ¡Bueno! Eso es muy amable por su parte.

—Sí, sí —dijo el señor Britain, dándole su pipa para que le sacudiera la ceniza—; te apoyaré. ¡Escucha! ¡Qué ruido más curioso!

—¡Ruido! —repitió Clemency.

—Un paso ahí fuera. Sonaba como alguien saltando de la tapia —dijo Britain—. ¿Están todos acostados arriba?

—Sí, todos acostados a estas horas —respondió ella.

—¿No has oído nada?

—No.

Ambos escucharon, pero no oyeron nada.

—Le diré una cosa —dijo Benjamin, descolgando un farol—. Voy a echar un vistazo por ahí, antes de acostarme yo mismo, para quedarme tranquilo. Descorre el cerrojo de la puerta mientras enciendo esto, Clemmy.

Clemency obedeció con presteza; pero observó, mientras lo hacía, que solo se iba a molestar en balde, que todo era imaginación suya, y demás. El señor Britain dijo «muy probable»; pero salió, no obstante, armado con el atizador, y proyectando la luz del farol lejos y cerca en todas direcciones.

—Está tan silencioso como un cementerio —dijo Clemency, mirándolo salir—, ¡y casi tan fantasmal también!

Echando una mirada de nuevo hacia la cocina, gritó con miedo, al ver que una figura ligera se deslizaba en su campo de visión: —¿Qué es eso?

—¡Chist! —dijo Marion en un susurro agitado—. Siempre me has querido, ¿no es así?

—¡Quererte, niña! Puedes estar segura de que sí.

—Estoy segura. ¿Y puedo confiar en ti, verdad que sí? No hay nadie más ahora mismo en quien *pueda* confiar.

—Sí —dijo Clemency, con todo su corazón.

—Hay alguien ahí fuera —señalando hacia la puerta—, con quien debo ver y hablar, esta noche. ¡Michael Warden, por el amor de Dios, retírese! ¡Ahora no!

Clemency se sobresaltó de sorpresa y turbación al ver, siguiendo la dirección de la mirada de quien hablaba, una figura oscura de pie en el umbral.

—En otro momento podrían descubrirlo —dijo Marion—. ¡Ahora no! Espere, si puede, en algún escondite. Iré enseguida.

Él le hizo un ademán con la mano, y desapareció. —No te vayas a la cama. ¡Espérame aquí! —dijo Marion, apresuradamente—. Llevo una hora buscando hablar contigo. ¡Oh, sé fiel a mí!

Asiendo con ansiedad la mano desconcertada de Clemency, y apretándola con ambas suyas contra su pecho —acción más expresiva, en su pasión de súplica, que el más elocuente ruego con palabras—, Marion se retiró; en el momento en que la luz del farol que volvía entraba en la sala.

—Todo tranquilo y sosegado. No hay nadie. Imaginación mía, supongo —dijo el señor Britain, mientras cerraba y atrancaba la puerta—. Uno de los efectos de tener una imaginación viva. ¡Hola! ¿Qué pasa, pues?

Clemency, que no podía ocultar los efectos de su sorpresa y su inquietud, estaba sentada en una silla: pálida, y temblando de pies a cabeza.

—¡Qué pasa! —repitió, frotándose las manos y los codos, nerviosamente, y mirando a cualquier parte menos a él—. ¡Muy propio de ti, Britain, eso es! Después de irte a asustar a una casi hasta la muerte con ruidos y faroles, y no sé qué más. ¡Qué pasa! Ah, ¡sí!

—Si te asustas hasta la muerte por un farol, Clemmy —dijo el señor Britain, apagándolo con calma y volviéndolo a colgar—, esa aparición se disipa muy pronto. Pero por lo general eres tan valiente como el que más —dijo, deteniéndose a observarla—; y lo eras, después del ruido y del farol también. ¿Qué se te ha metido en la cabeza? ¿No será una idea, eh?

Pero, como Clemency le dio las buenas noches muy a su manera habitual, y empezó a bullir con muestras de irse a acostar ella misma de inmediato, el pequeño Britain, tras pronunciar el original comentario de que era imposible dar razón de los caprichos de una mujer, le dio las buenas noches a su vez, y, cogiendo su vela, se fue medio dormido hacia la cama.

Cuando todo estuvo tranquilo, Marion regresó.

—Abre la puerta —dijo—; y ponte de pie ahí cerca de mí, mientras le hablo, fuera.

Por tímido que fuese su modo, revelaba, aun así, un propósito resuelto y firme, tal que Clemency no pudo resistirse. Descorrió suavemente el cerrojo: pero antes de girar la llave, se volvió a mirar a la joven criatura que aguardaba para salir en cuanto ella abriese.

El rostro no estaba apartado ni abatido, sino que la miraba de frente, en todo su orgullo de juventud y belleza. Cierta sensación sencilla de lo endeble de la barrera que se interponía entre el hogar feliz y el amor honrado de la hermosa muchacha, y lo que podría ser la desolación de aquel hogar, y el naufragio de su tesoro más querido, hirió tan hondamente el tierno corazón de Clemency, y lo llenó tanto de dolor y compasión, que, rompiendo a llorar, echó los brazos al cuello de Marion.

—Es poco lo que sé, querida mía —exclamó Clemency—, muy poco; pero sé que esto no debería ser. ¡Piensa en lo que haces!

—Lo he pensado muchas veces —dijo Marion, dulcemente.

—Una vez más —instó Clemency—. Hasta mañana. —Marion negó con la cabeza.

—Por el señor Alfred —dijo Clemency, con sencilla vehemencia—. ¡Al que tan tiernamente solías querer, en otro tiempo!

Ella escondió el rostro, al instante, entre las manos, repitiendo «¡en otro tiempo!», como si le desgarrase el corazón.

—Deja que salga yo —dijo Clemency, consolándola—. Le diré lo que tú quieras. No cruces el umbral esta noche. Estoy segura de que nada bueno saldrá de ello. Ay, fue un día aciago aquel en que trajeron aquí al señor Warden por primera vez. Piensa en tu buen padre, cariño... en tu hermana.

—He pensado en ellos —dijo Marion, alzando apresuradamente la cabeza—. No sabes lo que yo sé. Debo hablar con él. Eres la mejor y más verdadera amiga que hay en el mundo por lo que me has dicho, pero debo dar este paso. ¿Quieres venir conmigo, Clemency —la besó en su rostro amistoso—, o iré sola?

Apenada y perpleja, Clemency giró la llave, y abrió la puerta. Hacia la noche oscura e incierta que se extendía más allá del umbral, Marion salió rápidamente, sujetándola de la mano.

En la noche oscura él se reunió con ella, y hablaron juntos con seriedad y largo rato; y la mano que se aferraba tan fuerte a la de Clemency, ora temblaba, ora se tornaba mortalmente fría, ora se cerraba y apretaba sobre la suya, en el fuerte sentimiento del discurso que subrayaba inconscientemente. Cuando volvieron, él la siguió hasta la puerta, y deteniéndose allí un

instante, cogió la otra mano, y se la llevó a los labios. Luego, se retiró sigilosamente.

Se atrancó y cerró de nuevo la puerta con llave, y una vez más ella se haló bajo el techo de su padre. No abatida por el secreto que traía consigo, aunque tan joven; sino con aquella misma expresión en su rostro para la cual antes no tenía yo nombre, y brillando a través de sus lágrimas.

De nuevo dio las gracias, y las gracias otra vez, a su humilde amiga, y confió en ella, según dijo, con confianza, implícitamente. Alcanzada a salvo su alcoba, cayó de rodillas; y con su secreto pesando sobre el corazón, ¡pudo rezar!

Pudo levantarse de sus oraciones, tan tranquila y serena, e inclinándose sobre su tierna hermana en su sueño, mirar su rostro y sonreír — aunque con tristeza —: murmurando mientras la besaba en la frente, cómo Grace había sido para ella una madre, siempre, ¡y cómo la amaba como a una hija!

Pudo atraer hacia su cuello el brazo pasivo al acostarse a descansar — parecía aferrarse allí por voluntad propia, protector y tierno, incluso en el sueño — y susurrar sobre los labios entreabiertos, ¡Dios la bendiga!

Pudo hundirse en un sueño apacible, ella misma; salvo por un sueño, en el que exclamó, con su voz inocente y conmovedora, que estaba muy sola, y que todos se habían olvidado de ella.

Un mes pronto pasa, incluso al paso más tardo. El mes fijado entre aquella noche y el regreso fue ligero de pies, y transcurrió, como un vapor.

Llegó el día. Un día furioso de invierno, que sacudía la vieja casa, a veces, como si se estremeciera bajo la ráfaga. Un día que hacía el hogar doblemente hogar. Que daba nuevos deleites al rincón de la chimenea. Que arrojaba un resplandor más rojizo sobre los rostros reunidos junto al fuego, y unía a cada grupo familiar en liga más estrecha y sociable, contra los rugientes elementos de fuera. Un día así, salvaje e invernal, como el que mejor prepara el camino para la noche de puertas cerradas; para las salas con cortinas, y los rostros alegres; para la música, la risa, el baile, la luz, y el jovial festejo.

Todo esto tenía dispuesto el Doctor para dar la bienvenida a Alfred. Sabían que no podría llegar hasta la noche; y harían resonar el aire nocturno, decía, en cuanto se acercara. Todos sus viejos amigos debían congre-

garse a su alrededor. No debía echar en falta ni un solo rostro que hubiera conocido y apreciado. ¡No! Todos, absolutamente todos, debían estar allí.

Así que se invitó a los huéspedes, y se contrató a los músicos, y se dispusieron las mesas, y se prepararon los suelos para pies activos, y se hizo abundante provisión, de toda clase hospitalaria. Como era la época de Navidad, y sus ojos estaban desacostumbrados al acebo inglés y su recio verdor, la sala de baile fue engalanada y adornada con él; y las bayas rojas relucían con inglesa bienvenida hacia él, asomando entre las hojas.

Fue un día atareado para todos ellos: un día más atareado para ninguno que para Grace, que presidía silenciosamente en todas partes, y era la mente alegre de todos los preparativos. Muchas veces aquel día (así como muchas veces durante el mes fugaz que lo precedió), Clemency había mirado a Marion con ansiedad, y casi con temor. La veía más pálida, tal vez, que de costumbre; pero había en su rostro una dulce compostura que lo hacía más hermoso que nunca.

De noche, cuando estuvo vestida, y llevaba en la cabeza una guirnalda que Grace había entrelazado con orgullo alrededor de ella —sus flores de imitación eran las preferidas de Alfred, como Grace recordaba cuando las escogió—, aquella vieja expresión, pensativa, casi doliente, y sin embargo tan espiritual, elevada y conmovedora, volvió a asentarse en su frente, realzada cien veces.

—La próxima guirnalda que ajuste sobre esta hermosa cabeza será una guirnalda de bodas —dijo Grace—; o no soy buena profetisa, querida.

Su hermana sonrió, y la tuvo entre sus brazos.

—Un momento, Grace. No me dejes todavía. ¿Estás segura de que no me falta nada más?

Su cuidado no era por eso. Era el rostro de su hermana en lo que pensaba, y tenía los ojos fijos en él, tiernamente.

—Mi arte —dijo Grace— no puede llegar más lejos, muchacha querida; ni tu belleza tampoco. Nunca te vi tan hermosa como ahora.

—Nunca fui tan feliz —repuso ella.

—Ay, pero hay una felicidad mayor aún por venir. En otro hogar así, tan alegre y luminoso como este parece ahora —dijo Grace—, Alfred y su

joven esposa vivirán pronto.

Ella volvió a sonreír. —Es un hogar feliz, Grace, en tu fantasía. Puedo verlo en tus ojos. Sé que *será* feliz, cariño. Cuánto me alegra saberlo.

—Bueno —exclamó el Doctor, entrando con ajetreo—. Aquí estamos, ¿eh, todos listos para Alfred? No puede estar aquí hasta bien entrada la noche... una hora o así antes de medianoche... así que habrá tiempo de sobra para divertirnos antes de que llegue. No nos va a encontrar con el hielo sin romper. ¡Aviva ese fuego, Britain! Que brille sobre el acebo hasta que este le guiñe el ojo. Es todo un mundo de disparates, Gatita; verdaderos enamorados y todo lo demás... puros disparates; pero seremos disparatados con el resto de ellos, y le daremos a nuestro verdadero enamorado una loca bienvenida. ¡Palabra! —dijo el viejo Doctor, mirando a sus hijas con orgullo—, no estoy claro esta noche, entre otras cosas absurdas, sino que soy el padre de dos muchachas hermosas.

—Todo lo que una de ellas haya hecho alguna vez, o pueda hacer... pueda hacer, queridísimo padre... para causarte pena o pesar, perdónala —dijo Marion—, perdónala ahora, cuando tiene el corazón lleno. Di que la perdonas. Que la perdonarás. Que ella siempre compartirá tu amor, y... —y el resto no llegó a decirse, pues escondió el rostro en el hombro del anciano.

—Vamos, vamos, vamos —dijo el Doctor dulcemente—. ¡Perdonar! ¿Qué tengo yo que perdonar? Vaya por Dios, si nuestros verdaderos enamorados vuelven a agitarnos así, tendremos que mantenerlos a distancia; tendremos que mandar correos a detenerlos por el camino, y traerlos poco a poco, una milla o dos al día, hasta que estemos debidamente preparados para recibirlos. Bésame, Gatita. ¡Perdonar! Pero qué niña más tonta eres. Si me hubieras contrariado y llevado la contraria cincuenta veces al día, en lugar de nunca, te lo perdonaría todo, menos semejante súplica. Bésame otra vez, Gatita. ¡Ya está! Prospectivo y retrospectivo... cuentas saldadas entre nosotros. ¡Aviva ese fuego! ¿Vais a dejar helar a la gente en esta noche cruda de diciembre? Estemos alegres, y cálidos, y contentos, ¡o no perdonaré a alguna de vosotras!

¡Así de alegremente lo llevaba el viejo Doctor! Y se avivó el fuego, y se encendieron las luces, y llegó la compañía, y comenzó un murmullo de lenguas animadas, y ya se respiraba por toda la casa un agradable aire de alegre agitación.

Más y más compañía fue llegando en tropel. Ojos brillantes centelleaban ante Marion; labios sonrientes le daban la enhorabuena por el regreso de él; madres prudentes se abanicaban, y esperaban que ella no fuese demasiado juvenil e inconstante para la tranquila rutina del hogar; padres impetuosos caían en desgracia por exaltar demasiado su belleza; las hijas la envidiaban; los hijos lo envidiaban a él; innumerables parejas de enamorados se aprovechaban de la ocasión; todos estaban interesados, animados y expectantes.

El señor y la señora Craggs llegaron del brazo, pero la señora Snitchey llegó sola. —Vaya, ¿qué ha sido de *él*? —preguntó el Doctor.

La pluma de un Ave del Paraíso en el turbante de la señora Snitchey tembló como si el Ave del Paraíso hubiera vuelto a la vida, cuando ella dijo que sin duda el señor Craggs lo sabría. A *ella* nunca se lo decían.

—Esa antipática oficina —dijo la señora Craggs.

—Ojalá se hubiera quemado —dijo la señora Snitchey.

—Es... es... hay un pequeño asunto de trabajo que retiene un poco a mi socio —dijo el señor Craggs, mirando inquieto a su alrededor.

—¡Ah, vaya! Trabajo. ¡No me diga! —dijo la señora Snitchey.

—*Nosotras* sabemos lo que significa trabajo —dijo la señora Craggs.

Pero el hecho de que no supieran lo que significaba era quizá la razón de que la pluma de Ave del Paraíso de la señora Snitchey se estremeciera tan ominosamente, y de que todas las piezas colgantes de los pendientes de la señora Craggs sonaran como campanillas.

—Me pregunto cómo pudo usted marcharse, señor Craggs —dijo su esposa.

—¡El señor Craggs tiene suerte, seguro! —dijo la señora Snitchey.

—Esa oficina los absorbe tanto —dijo la señora Craggs.

—Una persona con oficina no tiene por qué estar casada en absoluto —dijo la señora Snitchey.

Entonces, la señora Snitchey se dijo, para sus adentros, que aquella mirada suya había traspasado el alma de Craggs, y que él lo sabía; y la señora

Craggs le observó a Craggs que «sus Snitcheyes» lo estaban engañando a sus espaldas, y que él lo descubriría cuando ya fuese demasiado tarde.

Aun así, el señor Craggs, sin prestar mucha atención a estos comentarios, miró inquieto a su alrededor hasta que su mirada se posó en Grace, ante quien se presentó de inmediato.

— Buenas noches, señora — dijo Craggs —. Está usted encantadora. Su... señorita... su hermana, la señorita Marion, ¿está ella...?

— Ah, está muy bien, señor Craggs.

— Sí... yo... ¿está aquí? — preguntó Craggs.

— ¡Aquí! ¿No la ve allá? ¿Va a bailar? — dijo Grace.

El señor Craggs se puso las gafas para ver mejor; la miró a través de ellas, durante un rato; tosió; y se las volvió a guardar, con aire de satisfacción, en su funda, y en el bolsillo.

Ahora sonó la música, y comenzó el baile. El fuego brillante crepitaba y chisporroteaba, subía y bajaba, como si se uniera él mismo al baile, en franca camaradería. A veces rugía como si él también quisiera hacer música. A veces destellaba y resplandecía como si fuese el ojo del viejo salón: guiñaba también, a veces, como un patriarca sagaz, a los juveniles murmullos de las esquinas. A veces jugueteaba con las ramas de acebo; y, brillando sobre las hojas a rachas, las hacía parecer como si estuviesen de nuevo en la fría noche invernal, y agitándose al viento. A veces su genial buen humor se volvía desbordante, y rebasaba todo límite; y entonces arrojaba a la sala, entre los pies centelleantes, con un estallido ruidoso, una lluvia de inofensivas chispitas, y en su exultación saltaba y brincaba, como una cosa enloquecida, chimenea vieja y ancha arriba.

Otro baile se acercaba a su fin, cuando el señor Snitchey tocó del brazo a su socio, que estaba mirando.

El señor Craggs se sobresaltó, como si su espíritu familiar hubiera sido un espectro.

— ¿Se ha marchado? — preguntó.

— ¡Chist! Ha estado conmigo — dijo Snitchey —, durante tres horas y más. Repasó todo. Examinó todas nuestras disposiciones para él, y estuvo

muy minucioso, la verdad. Él... ¡Vaya!

El baile terminó. Marion pasó cerca de él, mientras hablaba. No lo observó a él, ni a su socio; sino que miró por encima del hombro hacia su hermana, a lo lejos, mientras se abría camino lentamente entre el gentío, y salió de su vista.

—¡Ya lo ve! Todo a salvo y bien —dijo el señor Craggs—. No volvió a mencionar aquel asunto, supongo.

—Ni una palabra.

—¿Y se ha ido de verdad? ¿Está a salvo, lejos de aquí?

—Se atiene a su palabra. Baja por el río con la marea en esa cáscara de barca suya, y así sale al mar en esta noche oscura... es un temerario, él... viento en popa. No hay camino más solitario en ninguna otra parte. Eso es una cosa. La marea sube, dice él, una hora antes de medianoche... más o menos a esta hora. Me alegro de que haya terminado. —El señor Snitchey se enjugó la frente, que tenía aspecto acalorado y ansioso.

—¿Qué piensa usted —dijo el señor Craggs— acerca de...?

—¡Chist! —replicó su cauteloso socio, mirando fijamente al frente—. Ya le entiendo. No mencione nombres, y no dejemos que parezca que hablamos de secretos. No sé qué pensar; y para serle sincero, ya no me importa. Es un gran alivio. Su propio amor propio lo engañó, supongo. Tal vez la joven dama coqueteó un poco. Las pruebas parecen apuntar en esa dirección. ¿Alfred no ha llegado?

—Todavía no —dijo el señor Craggs—. Se le espera en cualquier momento.

—Bien. —El señor Snitchey se enjugó otra vez la frente—. Es un gran alivio. No he estado tan nervioso desde que somos socios. Pienso pasar la velada ahora, señor Craggs.

La señora Craggs y la señora Snitchey se unieron a ellos en el momento en que él anunciaba esta intención. El Ave del Paraíso se hallaba en un estado de extrema vibración, y las campanillas sonaban con toda audibilidad.

—Ha sido tema de comentario general, señor Snitchey —dijo la señora Snitchey—. Espero que la oficina esté satisfecha.

—¿Satisfecha de qué, querida? —preguntó el señor Snitchey.

—De la exposición de una mujer indefensa al ridículo y a las habladurías —repuso su esposa—. Eso sí que es propio de la oficina, eso sí.

—Yo, personalmente —dijo la señora Craggs—, llevo tanto tiempo acostumbrada a asociar la oficina con todo lo opuesto a la vida doméstica, que me alegra saberla como la enemiga declarada de mi paz. Hay algo honrado en eso, al menos.

—Querida —insistió el señor Craggs—, tu buena opinión no tiene precio, pero yo nunca declararé que la oficina fuera la enemiga de tu paz.

—No —dijo la señora Craggs, haciendo sonar un repique perfecto con las campanillas—. Usted no, desde luego. No sería usted digno de la oficina, si tuviese la franqueza de hacerlo.

—En cuanto a haber estado fuera esta noche, querida —dijo el señor Snitchey, ofreciéndole el brazo—, la privación ha sido mía, te lo aseguro; pero, como el señor Craggs sabe...

La señora Snitchey cortó muy en seco esta referencia, arrastrando a su marido a cierta distancia, y pidiéndole que mirase a aquel hombre. ¡Que le hiciese el favor de mirarlo!

—¿A qué hombre, querida? —dijo el señor Snitchey.

—A tu compañero elegido; *yo* no soy compañía para ti, señor Snitchey.

—Sí, sí que lo eres, querida —interpuso él.

—No, no lo soy —dijo la señora Snitchey con una sonrisa majestuosa—. Conozco mi lugar. ¿Quieres mirar a tu compañero elegido, señor Snitchey; a tu confidente, al guardián de tus secretos, al hombre en quien confías; a tu otro yo, en resumen?

La asociación habitual de *Mí Mismo* con Craggs hizo que el señor Snitchey mirase en esa dirección.

—Si puedes mirar a ese hombre a los ojos esta noche —dijo la señora Snitchey—, y no saber que estás engañado, manipulado, convertido en víctima de sus artes, y postrado bajo su voluntad por alguna fascinación inexplicable, que es imposible explicar y contra la cual ninguna advertencia mía sirve de nada, todo lo que puedo decir es... ¡te compadezco!

En ese mismo instante, la señora Craggs se mostraba oracular sobre el asunto cruzado. ¿Era posible, decía ella, que Craggs se cegase de tal modo ante sus Snitcheys, que no advirtiera su verdadera posición? ¿Quería decir que había visto a sus Snitcheys entrar en aquella sala, y no viera claramente que había reserva, astucia, traición en ese hombre? ¿No mostraba su propia actitud, cuando se enjugaba la frente y miraba tan furtivamente a su alrededor, que había algo pesando sobre la conciencia de sus preciosos Snitcheys (si es que tenía conciencia), que no soportaría la luz? ¿Venía alguien más, sino sus Snitcheys, a fiestas como un vulgar ladrón? —lo cual, dicho sea de paso, no era una ilustración muy clara del caso, ya que él había entrado muy mansamente por la puerta. ¿Y todavía se atrevería a sostenerle, en pleno día (siendo casi medianoche), que había que justificar a sus Snitcheys a capa y espada, en contra de todos los hechos, y la razón, y la experiencia?

Ni Snitchey ni Craggs intentaron abiertamente contener la corriente que así se había desatado, sino que ambos se conformaron con dejarse llevar suavemente por ella, hasta que su fuerza amainó. Esto sucedió más o menos al mismo tiempo que un movimiento general hacia un baile de figuras; cuando el señor Snitchey se propuso a sí mismo como pareja de la señora Craggs, y el señor Craggs se ofreció galantemente a la señora Snitchey; y tras algunas ligeras evasivas del tipo «¿por qué no se lo pide a otra?» y «se alegrará, lo sé, si declino» y «me sorprende que pueda usted bailar fuera de la oficina» (esto ya en broma), cada dama aceptó con gracia, y ocupó su lugar.

Era, en verdad, vieja costumbre entre ellos hacerlo así, y emparejarse, del mismo modo, en cenas y almuerzos; pues eran excelentes amigos, y de trato fácil y familiar. Tal vez el falso Craggs y el malvado Snitchey eran una ficción reconocida por las dos esposas, como Fulano y Mengano, corriendo incesantemente arriba y abajo por las circunscripciones, lo eran para los dos maridos: o tal vez las señoras habían instituido, y asumido por su cuenta, estos dos papeles del negocio, antes que quedar del todo excluidas de él. Pero, cierto es que cada esposa se aplicaba tan grave y firmemente a su vocación como su marido a la suya, y habría considerado casi imposible que la Firma mantuviera una existencia próspera y respetable, sin sus loables esfuerzos.

Pero ahora se vio al Ave del Paraíso revolotear por el centro de la fila; y las campanillas empezaron a saltar y a tintinear en el paso de figuras; y el

rostro sonrosado del Doctor giraba y giraba, como una peonza expresiva de finísimo barniz; y el jadeante señor Craggs empezó ya a dudar de si el baile de figuras se había hecho «demasiado fácil», como el resto de la vida; y el señor Snitchey, con sus ágiles cortes y cabriolas, bailaba por sí mismo y por Craggs, y por media docena más.

Ahora, también, el fuego cobró renovado ánimo, favorecido por el vivo aire que despertaba el baile, y ardió claro y alto. Era el Genio de la sala, y presente en todas partes. Brillaba en los ojos de la gente, centelleaba en las joyas sobre los cuellos níveos de las muchachas, guiñaba en sus orejas como si les susurrara astutamente, destellaba en torno a sus cinturas, parpadeaba en el suelo y lo teñía de rosa bajo sus pies, florecía en el techo para que su resplandor realzara sus rostros radiantes, y encendía una iluminación general en el pequeño campanario de la señora Craggs.

Ahora, también, la brisa animada que lo avivaba se hizo menos suave a medida que la música se aceleraba y el baile proseguía con nuevo brío; y se levantó un aire que hacía bailar las hojas y las bayas contra la pared, como tantas veces lo habían hecho sobre los árboles; y el aire susurraba en la sala como si una invisible compañía de hadas, siguiendo las huellas de los buenos y sólidos danzantes, girase revoloteando tras ellos. Ahora, también, ningún rasgo del rostro del Doctor podía distinguirse mientras giraba y giraba; y ahora parecía haber una docena de Aves del Paraíso en vuelo agitado; y ahora había mil campanillas en marcha; y ahora una flota de faldas voladoras se agitaba con una pequeña tempestad, cuando la música cesó, y el baile terminó.

Acalorado y sin aliento como estaba el Doctor, ello solo lo hizo más impaciente por la llegada de Alfred.

—¿Se ha visto algo, Britain? ¿Se ha oído algo?

—Está muy oscuro para ver lejos, señor. Hay demasiado ruido dentro de la casa para oír.

—¡Así está bien! Más alegre será su bienvenida. ¿Cómo va la hora?

—Las doce en punto, señor. No puede tardar, señor.

—Aviva el fuego, y échale otro tronco —dijo el Doctor—. ¡Que vea su bienvenida ardiendo en la noche, buen muchacho, según se acerque!

Él la vio... ¡Sí! Desde el coche captó la luz, al doblar la esquina junto a la vieja iglesia. Reconoció la sala de la que salía. Vio las ramas invernales de los viejos árboles entre la luz y él. Sabía que uno de aquellos árboles susurraba melodiosamente en verano en la ventana de la alcoba de Marion.

Tenía lágrimas en los ojos. El corazón le latía con tanta violencia que apenas podía soportar su felicidad. ¡Cuántas veces había pensado en este momento —lo había imaginado bajo todas las circunstancias— había temido que quizá no llegase nunca— lo había anhelado y suspirado por él— desde lejos!

De nuevo la luz. Distinta y encarnada; encendida, lo sabía, para darle la bienvenida, y para apresurar su regreso a casa. Hizo señas con la mano, y agitó el sombrero, y prorrumpió en vítores, en voz alta, como si la luz fuesen ellos, y ellos pudieran verlo y oírlo, mientras se lanzaba hacia ellos a través del barro y el fango, triunfante.

¡Alto! Conocía al Doctor, y comprendía lo que había hecho. No dejaría que fuera una sorpresa para ellos. Pero él aún podía convertirlo en una, yendo a pie el resto del camino. Si la puerta del huerto estaba abierta, podría entrar por allí; si no, la tapia era fácil de escalar, como sabía de antaño; y estaría entre ellos en un instante.

Se apeó del coche, y, diciéndole al cochero —ni siquiera eso le resultaba fácil, en su agitación— que se quedara atrás unos minutos, y luego lo siguiera despacio, echó a correr con extraordinaria rapidez, probó la puerta, escaló la tapia, saltó al otro lado, y se quedó jadeante en el viejo huerto.

Había una escarcha helada sobre los árboles, que, a la débil luz de la luna nublada, colgaba de las ramas más pequeñas como guirnaldas muertas. Hojas marchitas crujían y se quebraban bajo sus pies, mientras avanzaba sigilosamente hacia la casa. La desolación de una noche invernal se cernía sobre la tierra, y en el cielo. Pero la luz roja venía hacia él, animosa, desde las ventanas; figuras pasaban y volvían a pasar allí; y el rumor y murmullo de voces saludaba dulcemente su oído.

Escuchando por si oía la de ella: intentando, mientras avanzaba sigilosamente, separarla de las demás, y creyendo a medias oírla, había llegado casi hasta la puerta, cuando esta se abrió abruptamente, y una figura que salía se topó con la suya. Retrocedió al instante con un grito medio ahogado.

—Clemency —dijo él—, ¿no me conoces?

—¡No entre! —respondió ella, empujándolo hacia atrás—. Váyase. No me pregunte por qué. No entre.

—¿Qué pasa? —exclamó él.

—No lo sé. Yo... tengo miedo de pensarlo. Vuelva atrás. ¡Escuche!

Hubo un súbito tumulto en la casa. Ella se tapó los oídos con las manos. Se oyó un grito salvaje, que ninguna mano habría podido acallar; y Grace —el desatino en su mirada y en su porte— salió corriendo por la puerta.

—¡Grace! —Él la recogió en sus brazos—. ¿Qué es? ¿Está muerta?

Ella se desasíó, como para reconocer su rostro, y cayó al suelo a sus pies.

Una multitud de figuras se agolpó en torno a ellos, saliendo de la casa. Entre ellas estaba su padre, con un papel en la mano.

—¿Qué es? —gritó Alfred, agarrándose el cabello con las manos, y mirando con angustia de rostro en rostro, mientras se arrodillaba junto a la muchacha desmayada—. ¿Nadie va a mirarme? ¿Nadie va a hablarme? ¿Nadie me conoce? ¿No hay una voz entre todos vosotros, que me diga qué es esto?

Hubo un murmullo entre ellos. —Se ha ido.

—¡Ida! —repitió él, como un eco.

—¡Huida, mi querido Alfred! —dijo el Doctor, con voz quebrada, y las manos ante el rostro—. Se ha ido de su hogar y de nosotros. ¡Esta misma noche! Escribe que ha hecho su elección, inocente y sin culpa... suplica que la perdonemos... ruega que no la olvidemos... y se ha ido.

—¿Con quién? ¿Adónde?

Se puso en pie de un salto, como para salir en su persecución; pero, cuando le abrieron paso, miró a su alrededor con desvarío, se tambaleó hacia atrás, y volvió a hundirse en su anterior postura, aferrando entre las suyas una de las manos frías de Grace.

Hubo una apresurada corredera de aquí para allá, confusión, ruido, desorden, y ningún propósito. Algunos se dispersaron por los caminos, y otros montaron a caballo, y otros trajeron luces, y otros conversaban entre sí, in-

sistiendo en que no había rastro ni huella que seguir. Algunos se le acercaban con amabilidad, con intención de ofrecerle consuelo; algunos le advertían que había que llevar a Grace adentro de la casa, y que él lo impedía. Él nunca los oyó, y nunca se movió.

La nieve caía rápida y espesa. Alzó la vista un momento hacia el aire, y pensó que aquellas blancas cenizas esparcidas sobre sus esperanzas y su desdicha les venían bien. Miró en derredor el suelo blanqueado, y pensó cómo las huellas de los pies de Marion quedarían acalladas y cubiertas, en cuanto se hicieran, y hasta ese recuerdo de ella borrado. Pero él nunca sintió el frío, y nunca se movió.

PARTE III. TERCERA PARTE

El mundo había envejecido seis años desde aquella noche del regreso. Era una cálida tarde de otoño, y había caído una fuerte lluvia. El sol irrumpió de pronto de entre las nubes, y el viejo campo de batalla, chispeando radiante y alegre a la vista de él en un paraje verde, hizo brillar allí una bienvenida en respuesta, que se extendió por toda la campiña como si se hubiera encendido un jubiloso faro y le hubieran contestado desde mil apostaderos.

¡Qué hermoso el paisaje al prender en la luz, y aquel influjo exuberante pasando adelante como una presencia celestial, avivándolo todo! El bosque, masa sombría hasta hacía un instante, reveló sus variados matices de amarillo, verde, pardo, rojo; sus diversas formas de árboles, con las gotas de lluvia relucientes sobre las hojas y titilando al caer. La verde pradera, luminosa y encendida, parecía haber estado ciega un minuto antes y haber hallado ahora un sentido de la vista con el que alzar la mirada al cielo resplandeciente. Los trigales, los setos, las cercas, las alquerías y los tejados apiñados, el campanario de la iglesia, el arroyo, el molino de agua, todo brotó sonriendo de la lóbrega oscuridad. Los pájaros cantaban dulcemente, las flores levantaban sus cabezas caídas, aromas frescos ascendían del suelo reanimado; la azul extensión de arriba se dilataba y se difundía; ya los rayos oblicuos del sol traspasaban de muerte el hosco banco de nubes que se rezagaba en su huida; y un arcoíris, espíritu de todos los colores que adornaban la tierra y el cielo, tendía su arco entero con su gloria triunfal.

En un momento así, cierta pequeña posada de camino, cómodamente resguardada tras un gran olmo con un raro asiento para holgazanes que rodeaba su capcioso tronco, mostraba una fachada risueña al viajero, como debe hacer una casa de hospedaje, y lo tentaba con muchas mudas pero elocuentes promesas de una acogida confortable. El rubicundo letrado, en-

caramado en el árbol, con sus letras doradas guiñando al sol, lanzaba miraditas al que pasaba, de entre las verdes hojas, como una cara jovial, y prometía buen agasajo. El abrevadero, lleno de agua clara y fresca, y el suelo bajo él salpicado de briznas de heno fragante, hacían aguzar las orejas a cuanto caballo pasaba. Las cortinas carmesíes de las salas de abajo, y los blanquísimos visillos de las alcobitas de arriba, hacían señas de «¡Entrad!» con cada sople de aire. Sobre los relucientes postigos verdes había leyendas doradas acerca de cerveza y ale, y vinos escogidos, y buenas camas; y una conmovedora estampa de un jarro pardo que rebosaba espuma por el borde. En los alféizares había plantas floridas en macetas de un rojo vivo, que ofrecían un alegre espectáculo contra la blanca fachada de la casa; y en la penumbra del portal había vetas de luz que rebotaban en las superficies de botellas y jarras.

En el umbral apareció también una figura como Dios manda de posadero; pues, aunque era hombre bajo, era rechoncho y ancho, y estaba de pie con las manos en los bolsillos y las piernas apenas lo bastante separadas para expresar un ánimo sosegado en lo tocante a la bodega, y una confianza tranquila —demasiado serena y virtuosa para volverse fanfarronería— en los recursos generales de la posada. La superabundante humedad, que goteaba de todo tras la reciente lluvia, lo realzaba a maravilla. Nada cerca de él tenía sed. Ciertas dalias cargadas de cabeza, que se asomaban por encima de la empalizada de su pulcro y ordenado jardín, habían trasegado cuanto podían aguantar —quizá una miaja de más— y acaso estuvieran algo achispadas; pero la eglantina, las rosas, los alhelíes, las plantas de las ventanas y las hojas del viejo árbol se hallaban en el radiante estado de una concurrencia moderada que no había tomado más de lo que le convenía, y que había servido para desarrollar sus mejores cualidades. Esparciendo en torno gotitas de rocío por el suelo, parecían pródigas de un regocijo inocente y centelleante, que hacía bien allí donde caía, ablandando rincones descuidados que la lluvia constante rara vez alcanzaba, y sin dañar nada.

Esta posada de aldea había adoptado, al fundarse, un rótulo insólito. Se llamaba El Rallador de Nuez Moscada. Y debajo de aquella palabra casera estaba inscrito, arriba en el árbol, en la misma tabla flamante y con los mismos caracteres dorados, Por Benjamin Britain.

A una segunda mirada, y tras un examen más minucioso de su rostro, habríais reconocido que no era otro que el propio Benjamin Britain quien

estaba en el umbral —razonablemente cambiado por el tiempo, pero para mejor; un hospedero muy holgado, en verdad.

—La señora B. —dijo el señor Britain, mirando camino abajo— viene un tanto tarde. Es la hora del té.

Como no venía ninguna señora Britain, salió sin prisa al camino y miró la casa, muy a su satisfacción. «Es justo la clase de casa», dijo Benjamin, «en la que me gustaría hospedarme, si no la regentara yo».

Luego se dirigió sin prisa hacia la empalizada del jardín y echó un vistazo a las dalias. Ellas lo miraron a su vez, con un desvalido y soñoliento colgar de sus cabezas, que volvían a cabecear al escurrirse de ellas las gruesas gotas de humedad.

—Hay que atenderos —dijo Benjamin—. Memorándum: no olvidar decírselo. ¡Cuánto tarda en venir!

La media naranja del señor Britain parecía serlo por tan buen tanto, que su propia mitad quedaba del todo perdida y desvalida sin ella.

—No tenía mucho que hacer, me parece —dijo Ben—. Había unos pocos asuntillos que despachar después del mercado, pero no muchos. ¡Ah! ¡Por fin llegamos!

Un carricoche, guiado por un muchacho, vino traqueteando por el camino; y sentada en él, en una silla, con un gran paraguas bien empapado abierto a secar detrás de ella, iba la rolliza figura de una mujer matronal, con los brazos desnudos cruzados sobre una cesta que llevaba en las rodillas, varias otras cestas y paquetes amontonados a su alrededor, y cierto lozano buen humor en el rostro y contenta torpeza en el ademán, mientras se bamboleaba de acá para allá con el vaivén de su carruaje, lo cual sabía a viejos tiempos aun en la distancia. Al acercarse más, no menguó aquel dejo de días idos; y cuando el carro se detuvo a la puerta del Rallador de Nuez Moscada, un par de zapatos, apeándose de él, se deslizaron ágiles a través de los brazos abiertos del señor Britain, y aterrizaron con sustancial peso sobre el sendero, unos zapatos que difícilmente podrían haber pertenecido a otra persona que a Clemency Newcome.

En efecto, le pertenecían, y ella estaba plantada en ellos, y era una alma sonrosada y confortable a la vista: con tanto jabón en su lustroso rostro

como en tiempos de antaño, pero ahora con los codos enteros, que se le habían puesto muy hoyuelados en su mejorada condición.

— ¡Llegas tarde, Clemmy! —dijo el señor Britain.

— Verás, Ben, ¡he tenido un montón que hacer! —replicó ella, vigilando afanosa el traslado a buen recaudo, al interior de la casa, de todos los bultos y cestas—: ocho, nueve, diez... ¿dónde está el once? ¡Ah! ¡Mi cesta es el once! Todo en orden. Guarda el caballo, Harry, y si vuelve a toser dale esta noche una papilla caliente. Ocho, nueve, diez. Pero ¿dónde está el once? Ah, ya me olvidaba, está todo en orden. ¿Cómo están los niños, Ben?

— Con mucha salud, Clemmy, mucha salud.

— ¡Benditas sean sus preciosas caritas! —dijo la señora Britain, quitándose el gorro de su redonda faz (pues ella y su marido estaban ya para entonces en el mostrador), y alisándose el pelo con las manos abiertas—. ¡Dame un beso, viejo!

El señor Britain accedió sin demora.

— Creo —dijo la señora Britain, aplicándose a los bolsillos y sacando de ellos una mole inmensa de libretas finas y papeles arrugados: toda una per- rera de esquinas dobladas— que lo he hecho todo. Cuentas todas saldadas... nabos vendidos... la cuenta del cervecero revisada y pagada... pipas de taba- co encargadas... diecisiete libras con cuatro, ingresadas en el banco... la minuta del doctor Heathfield por el pequeño Clem... ya adivinarás cuál es... el doctor Heathfield no quiere volver a cobrar nada, Ben.

— Ya me lo figuraba —repuso Ben.

— No. Dice que, tuvieras la familia que tuvieras, Ben, jamás te haría gas- tar ni medio penique. Ni aunque tuvieras veinte.

El rostro del señor Britain adoptó una expresión seria, y miró fijamente la pared.

— ¿No es una bondad por su parte? —dijo Clemency.

— Mucho —repuso el señor Britain—. Es la clase de bondad de la que yo no abusaría, por nada del mundo.

— No —replicó Clemency—. Claro que no. Luego está el poni... sacó ocho libras con dos; y no está mal, ¿verdad?

—Está muy bien —dijo Ben.

—¡Me alegro de que estés contento! —exclamó su mujer—. Ya me figuraba que lo estarías; y creo que eso es todo, así que nada más por ahora de tu afectísima etcétera, C. Britain. ¡Ja, ja, ja! ¡Ea! Toma todos los papeles y guárdalos bajo llave. ¡Ah! Espera un momento. Aquí hay un cartel impreso para pegar en la pared. Fresco de la imprenta. ¡Qué bien huele!

—¿Qué es esto? —dijo Ben, repasando el documento.

—No lo sé —respondió su mujer—. No he leído ni una palabra.

—«Se venderá en subasta» —leyó el hospedero del Rallador de Nuez Moscada—, «a menos que se enajene previamente por contrato privado».

—Eso siempre lo ponen —dijo Clemency.

—Sí, pero no siempre ponen esto —repuso él—. Fíjate: «Mansión», etcétera... «dependencias», etcétera, «arbolados», etcétera, «cercado perimetral», etcétera. «Señores Snitchey y Craggs», etcétera, «parte ornamental de la propiedad libre y sin cargas de don Michael Warden, caballero, que se propone continuar residiendo en el extranjero».

—¡Que se propone continuar residiendo en el extranjero! —repitió Clemency.

—Aquí está —dijo Britain—. ¡Mira!

—¡Y hoy mismo, sin ir más lejos, he oído musitar en la vieja casa que se habían medio prometido, para pronto, mejores y más claras noticias de ella! —dijo Clemency, meneando la cabeza con pesar, y palmeándose los codos como si el recuerdo de los viejos tiempos despertara sin querer sus viejas costumbres—. ¡Ay, ay, ay! Va a haber corazones apesadumbrados, Ben, allá.

El señor Britain lanzó un suspiro, meneó la cabeza y dijo que no lo entendía: hacía tiempo que había dejado de intentarlo. Con esa observación, se aplicó a fijar el cartel justo por dentro de la ventana del mostrador. Clemency, tras meditar en silencio unos instantes, se rehízo, despejó su pensativa frente y se marchó atareada a atender a los niños.

Aunque el hospedero del Rallador de Nuez Moscada sentía un vivo aprecio por su buena esposa, era del viejo tipo condescendiente, y ella lo divertía sobremanera. Nada le habría asombrado tanto como saber a ciencia

cierta, por boca de un tercero, que era ella quien llevaba toda la casa, y quien lo hacía, con su llana y honrada economía, su buen humor, su honradez y su laboriosidad, un hombre próspero. Tan fácil es, en cualquier condición de la vida (como el mundo comprueba muy a menudo), tomar esas naturalezas alegres que nunca reivindican su mérito por la modesta estima que ellas mismas se conceden; y concebir una frívola simpatía hacia las gentes por sus rarezas y excentricidades externas, cuya valía innata, si nos molestáramos en mirar tan hondo, ¡podría hacernos ruborizar en la comparación!

Era grato al señor Britain pensar en su propia condescendencia al haberse casado con Clemency. Ella era para él un perpetuo testimonio de la bondad de su corazón y de la benignidad de su carácter; y sentía que el ser ella una esposa excelente era una ilustración del viejo precepto de que la virtud es su propia recompensa.

Había terminado de pegar el cartel con obleas, y había guardado bajo llave en el armario los recibos de las gestiones del día de ella — riéndose entre dientes todo el tiempo de la aptitud de ella para los negocios — cuando, volviendo con la noticia de que los dos señoritos Britain jugaban en la cochera bajo la supervisión de una tal Betsey, y de que el pequeño Clem dormía «como en una estampa», ella se sentó a tomar el té, que había aguardado su llegada, en una mesita. Era un mostrador muy pulcro, con la habitual exhibición de botellas y vasos; un reloj reposado, puntual al minuto (eran las cinco y media); todo en su sitio, y todo bruñido y lustrado hasta el último extremo.

— Es la primera vez en todo el día que me siento tranquila, te lo aseguro — dijo la señora Britain, tomando aliento largamente, como si se hubiera sentado ya para pasar la noche; pero volviéndose a levantar en el acto para alcanzarle a su marido el té y cortarle su pan con mantequilla — ; ¡cómo me hace pensar ese cartel en los viejos tiempos!

— ¡Ah! — dijo el señor Britain, manejando su platillo como una ostra y despachando su contenido según el mismo principio.

— Ese mismo señor Michael Warden — dijo Clemency, meneando la cabeza ante el anuncio de venta — me hizo perder mi antiguo empleo.

— Y te consiguió marido — dijo el señor Britain.

—¡Vaya! Así fue —replicó Clemency—, y muchas gracias le doy por ello.

—El hombre es criatura de costumbre —dijo el señor Britain, contemplándola por encima de su platillo—. No sé cómo me había acostumbrado a ti, Clem, y descubrí que no iba a poder arreglármelas sin ti. Así que fuimos y nos hicimos marido y mujer. ¡Ja, ja! ¡Nosotros! ¡Quién lo hubiera pensado!

—¡Quién, la verdad! —exclamó Clemency—. Fue muy bueno de tu parte, Ben.

—No, no, no —repuso el señor Britain con aire de abnegación—. Nada digno de mención.

—Ah, sí que lo fue, Ben —dijo su mujer con gran sencillez—; te aseguro que así lo creo, y te estoy muy agradecida. ¡Ah! —mirando otra vez el cartel—; cuando se supo que se había ido, y que estaba fuera de alcance, la pobre muchacha, no pude por menos de contar —tanto por ella como por ellos— lo que sabía, ¿verdad que no?

—Lo contaste, sea como fuere —observó su marido.

—Y el doctor Jeddler —prosiguió Clemency, dejando su taza de té y mirando pensativa el cartel—, en su dolor y su arrebato, ¡me echó de la casa y del hogar! Nunca en toda mi vida me he alegrado de nada tanto como de no haberle dicho una palabra airada, ni haber abrigado hacia él ningún sentimiento de ira, ni siquiera entonces; porque él se arrepintió de aquello de veras, más adelante. ¡Cuántas veces se ha sentado en esta sala y me ha dicho una y otra vez que lo lamentaba! La última, ayer mismo, cuando tú habías salido. ¡Cuántas veces se ha sentado en esta sala y me ha hablado, hora tras hora, de una cosa y de otra en las que fingía interesarse! Pero solo por amor de los días ya idos, y porque sabe que ella me quería, ¡Ben!

—Pero ¿cómo llegaste a atisbar eso, Clem? —preguntó su marido, asombrado de que ella tuviera una percepción nítida de una verdad que solo vagamente se le había insinuado a su inquisitiva mente.

—No lo sé, de veras —dijo Clemency, soplando el té para enfriarlo—. Bendito seas, no sabría decírtelo, aunque me ofrecieras una recompensa de cien libras.

Él habría podido proseguir con este tema metafísico de no haber sido porque ella atisbó un hecho sustancial a sus espaldas, en la forma de un caballero ataviado de luto, y con capa y botas como un jinete a caballo, que estaba de pie a la puerta del mostrador. Parecía atento a su conversación, y nada impaciente por interrumpirla.

Clemency se levantó a toda prisa al verlo. El señor Britain se levantó también y saludó al huésped. «¿Tendría a bien subir al piso de arriba, señor? Hay una sala muy bonita arriba, señor».

—Gracias —dijo el forastero, mirando fijamente a la mujer del señor Britain—. ¿Puedo pasar aquí?

—Ah, desde luego, si lo desea, señor —repuso Clemency, franqueándole la entrada.

—¿Qué le apetecería tomar, señor?

El cartel le había llamado la atención, y lo estaba leyendo.

—Excelente propiedad esa, señor —observó el señor Britain.

Él no respondió; pero, volviéndose cuando hubo acabado de leer, miró a Clemency con la misma observadora curiosidad de antes. «Me estaba usted preguntando...», dijo, todavía mirándola. «¿Qué le apetecería tomar, señor», respondió Clemency, robándole a su vez una mirada.

—Si me permite tomar un vaso de ale —dijo él, dirigiéndose a una mesa junto a la ventana—, y me deja tomarlo aquí, sin ser ninguna interrupción para su comida, se lo agradeceré mucho. —Se sentó mientras hablaba, sin más preámbulo, y se puso a mirar el paisaje. Era una figura de hombre desenvuelta y bien plantada, en la flor de la vida. Su rostro, muy tostado por el sol, quedaba sombreado por una abundante cabellera oscura; y llevaba bigote. Servida la cerveza ante él, llenó un vaso y bebió, de buen talante, a la salud de la casa; y añadió, al volver a dejar el vaso:

—Es una casa nueva, ¿verdad?

—No particularmente nueva, señor —respondió el señor Britain.

—Tiene entre cinco y seis años —dijo Clemency, hablando muy claramente.

—Creo haberle oído mencionar el nombre del doctor Jeddler cuando entré —inquirió el forastero—. Ese cartel me lo recuerda; pues da la casualidad de que sé algo de esa historia, de oídas, y por ciertas relaciones mías. ¿Vive aún el anciano?

—Sí, vive, señor —dijo Clemency.

—¿Muy cambiado?

—¿Desde cuándo, señor? —repuso Clemency, con notable énfasis y expresión.

—Desde que su hija... se marchó.

—¡Sí! Está muy cambiado desde entonces —dijo Clemency—. Está canoso y viejo, y ya no tiene para nada el mismo talante; pero, creo yo, ahora es feliz. Desde entonces ha hecho buenas migas con su hermana, y va a verla muy a menudo. Eso le sentó bien, de inmediato. Al principio estaba tristemente hundido; y bastaba para hacerle sangrar a una el corazón verlo vagar por ahí, denostando al mundo; pero al cabo de un año o dos le sobrevino un gran cambio para mejor, y entonces empezó a gustarle hablar de su hija perdida, y a alabarla, ¡ay, y al mundo también! y no se cansaba de decir, con las lágrimas en sus pobres ojos, qué hermosa y buena era ella. La había perdonado ya entonces. Fue por la misma época que la boda de la señorita Grace. ¿Britain, te acuerdas?

El señor Britain se acordaba muy bien.

—La hermana está casada, entonces —repuso el forastero. Se detuvo un rato antes de preguntar—: ¿Con quién?

Clemency escapó por poco de volcar la bandeja del té, en su emoción ante esta pregunta.

—¿Es que nunca lo oyó *usted*? —dijo ella.

—Me gustaría oírlo —respondió él, mientras llenaba de nuevo su vaso y se lo llevaba a los labios.

—¡Ah! Sería una larga historia, si se contara como es debido —dijo Clemency, apoyando la barbilla en la palma de su mano izquierda, y sosteniendo aquel codo con la mano derecha, mientras meneaba la cabeza y

volvía la mirada a través de los años transcurridos, como quien mira un fuego—. Sería una larga historia, de seguro.

—Pero contada como una breve —sugirió el forastero.

—Contada como una breve —repitió Clemency en el mismo tono pensativo, y sin referencia aparente a él, ni conciencia de tener auditorio—, ¿qué habría que contar? Que se afligieron juntos, y la recordaron juntos, como a una persona muerta; que fueron tan cariñosos con ella, jamás la reprocharían, se la evocaban el uno al otro tal como solía ser, ¡y le buscaban excusas! Eso lo sabe todo el mundo. Yo, desde luego. Nadie mejor —añadió Clemency, enjugándose los ojos con la mano.

—Y así... —sugirió el forastero.

—Y así —dijo Clemency, retomándolo maquinalmente, y sin cambio alguno en su actitud ni en su ademán— al fin se casaron. Se casaron el día del cumpleaños de ella... que vuelve a caer mañana... muy en silencio, muy humildemente, pero muy felices. El señor Alfred dijo, una noche que paseaban por el vergel: «Grace, ¿quieres que el día de nuestra boda sea el cumpleaños de Marion?». Y así fue.

—¿Y han vivido felices juntos? —dijo el forastero.

—Ya lo creo —dijo Clemency—. No hubo jamás dos personas más felices. No han tenido más pena que esta.

Alzó la cabeza como con súbita atención a las circunstancias en que estaba rememorando estos sucesos, y miró rápidamente al forastero. Al ver que él tenía el rostro vuelto hacia la ventana, y que parecía absorto en el paisaje, hizo unas apremiantes señas a su marido, y señaló el cartel, y movió la boca como si repitiera con gran energía, una y otra vez, una palabra o frase para él. Como no emitía sonido alguno, y como sus mudos movimientos, igual que la mayoría de sus gestos, eran de un género de lo más extraordinario, aquella conducta ininteligible redujo al señor Britain a los confines de la desesperación. Se quedó mirando la mesa, al forastero, las cucharas, a su mujer; siguió su pantomima con miradas de profundo asombro y perplejidad; preguntó en el mismo idioma si era una propiedad en peligro, si era él quien peligraba, si era ella; respondió a sus señales con otras señales expresivas de la más honda angustia y confusión; siguió los movimientos de sus labios;

adivinó a media voz «leche y agua», «aviso mensual», «ratones y nueces», y no logró aproximarse a lo que ella quería decir.

Clemency lo dio por fin por imposible, como tentativa sin esperanza; y arrimando su silla por grados muy lentos un poco más cerca del forastero, se quedó sentada con los ojos en apariencia bajos, pero lanzándole de cuando en cuando una aguda ojeada, aguardando a que él hiciera alguna otra pregunta. No hubo de aguardar mucho, pues él dijo al poco:

—¿Y cuál es la historia posterior de la joven que se marchó? La conocen, supongo.

Clemency meneó la cabeza. «He oído decir», dijo ella, «que se cree que el doctor Jeddler sabe de ello más de lo que cuenta. La señorita Grace ha tenido cartas de su hermana, diciendo que estaba bien y era feliz, y mucho más feliz por haberse casado ella con el señor Alfred; y le ha escrito de vuelta. Pero hay un misterio en su vida y su fortuna, en conjunto, que nada ha esclarecido hasta esta hora, y que...»

Aquí vaciló, y se detuvo.

—Y que... —repitió el forastero.

—Que solo otra persona, creo yo, podría explicar —dijo Clemency, tomando aliento con presteza.

—¿Quién puede ser esa? —preguntó el forastero.

—¡El señor Michael Warden! —respondió Clemency, casi en un chillido: dando a entender de golpe a su marido lo que antes habría querido que comprendiese, y haciendo saber a Michael Warden que había sido reconocido.

—¿Se acuerda usted de mí, señor? —dijo Clemency, temblando de emoción—. ¡Ya vi hace un momento que sí! Se acuerda de mí, aquella noche en el jardín. ¡Yo estaba con ella!

—Sí. Lo estaba usted —dijo él.

—Sí, señor —repuso Clemency—. Sí, ya lo creo. Este es mi marido, con su permiso. Ben, mi querido Ben, corre a buscar a la señorita Grace... corre a buscar al señor Alfred... corre a alguna parte, Ben. ¡Trae a alguien aquí, ahora mismo!

—¡Deténgase! —dijo Michael Warden, interponiéndose con calma entre la puerta y Britain—. ¿Qué va a hacer?

—Hacerles saber que está usted aquí, señor —respondió Clemency, dando palmadas de pura agitación—. Hacerles saber que pueden tener noticias de ella, de sus propios labios; hacerles saber que ella no está del todo perdida para ellos, sino que aún volverá al hogar, para bendecir a su padre y a su amante hermana... hasta a su vieja criada, hasta a mí —se golpeó el pecho con ambas manos—, con la visión de su dulce rostro. ¡Corre, Ben, corre! —Y seguía empujándolo hacia la puerta, y seguía el señor Warden plantado ante ella, con la mano tendida, no con ira, sino con pesar.

—O quizá —dijo Clemency, pasando por delante de su marido y agarrándose en su emoción a la capa del señor Warden—, quizá esté ella aquí ahora; quizá esté muy cerca. Por su manera de estar, me parece que sí. Déjeme verla, señor, se lo ruego. Yo la cuidé cuando era una niña pequeña. La vi crecer hasta ser el orgullo de todo este lugar. La conocí cuando era la prometida del señor Alfred. Intenté advertirla cuando usted la sedujo para que se fuera. Sé lo que era su viejo hogar cuando ella era como su alma, y cómo cambió cuando se fue y se perdió. ¡Déjeme hablar con ella, se lo ruego!

Él la miró con compasión, no exenta de asombro; pero no hizo gesto alguno de asentimiento.

—No creo que ella *pueda* saber —prosiguió Clemency— cuán de veras la perdonan; cuánto la aman; qué gozo sería para ellos verla una vez más. Puede que le dé miedo volver a casa. Quizá, si me ve a mí, cobre nuevo ánimo. Dígame solo con sinceridad, señor Warden: ¿está ella con usted?

—No lo está —respondió él, meneando la cabeza.

Esta respuesta, y su manera, y su traje negro, y su vuelta tan callada, y su declarado propósito de continuar viviendo en el extranjero, lo explicaban todo. Marion había muerto.

Él no la contradijo; ¡sí, estaba muerta! Clemency se sentó, escondió el rostro sobre la mesa y lloró.

En aquel momento entró corriendo un anciano caballero de cabellos grises: sin aliento del todo, y jadeando tanto que apenas se reconocía su voz como la voz del señor Snitchey.

— ¡Santo cielo, señor Warden! —dijo el abogado, llevándoselo aparte—, ¿qué viento lo ha traído...? —Estaba él mismo tan sofocado que no pudo continuar hasta después de una pausa, cuando añadió, débilmente—: ¿a usted aquí?

— Un mal viento, me temo —respondió él—. Si hubiera podido usted oír lo que acaba de pasar... cómo se me ha suplicado e implorado que obre imposibles... ¡qué confusión y qué aflicción llevo conmigo!

— Me lo figuro todo. Pero ¿por qué vino usted aquí, mi buen señor? —replicó Snitchey.

— ¡Venir! ¿Cómo iba yo a saber quién regentaba la casa? Cuando mandé a mi criado por delante a verlo a usted, me metí aquí porque el sitio me era nuevo; y sentía una curiosidad natural por todo lo nuevo y lo viejo, en estos viejos parajes; y quedaba a las afueras del pueblo. Quería comunicarme con usted, primero, antes de aparecer allí. Quería saber qué me diría la gente. Veo por su manera que usted puede decírmelo. De no ser por su condenada cautela, ya haría tiempo que estaría al corriente de todo.

— ¡Nuestra cautela! —repuso el abogado—, hablando por mí y por Craggs, difunto —aquí el señor Snitchey, echando una ojeada a la cinta de luto de su sombrero, meneó la cabeza—, ¿cómo puede razonablemente reprochármelo, señor Warden? Se había convenido entre nosotros que el asunto no habría de renovarse jamás, y que no era un asunto en el que hombres graves y sobrios como nosotros (tomé nota de sus observaciones en su momento) pudieran intervenir. ¡Nuestra cautela, encima! Cuando el señor Craggs, señor, bajó a su respetada tumba en la plena creencia de...

— Yo había dado una solemne promesa de silencio hasta que regresara, cuando quiera que ello fuese —interrumpió el señor Warden—; y la he cumplido.

— Bien, señor, y lo repito —repuso el señor Snitchey—: nosotros también estábamos obligados al silencio. Estábamos obligados al silencio por deber hacia nosotros mismos, y por deber hacia una variedad de clientes, usted entre ellos, que eran callados como una tumba. No nos correspondía hacerle preguntas sobre un asunto tan delicado. Yo tenía mis sospechas, señor; pero no hace ni seis meses que he sabido la verdad, y que se me ha asegurado que la perdió usted.

—¿Por boca de quién? —inquirió su cliente.

—Del propio doctor Jeddler, señor, quien al fin depositó en mí esa confianza voluntariamente. Él, y solo él, ha conocido la verdad entera, durante años y años.

—¿Y usted la sabe? —dijo su cliente.

—¡La sé, señor! —replicó Snitchey—; y tengo también motivo para saber que se le revelará a la hermana de ella mañana por la tarde. Le han hecho esa promesa. Entretanto, quizá me conceda usted el honor de su compañía en mi casa; ya que en la suya no lo esperan. Pero, para no correr el riesgo de más dificultades como las que ha tenido aquí, por si acaso lo reconocieran —aunque está usted bastante cambiado; creo que yo mismo habría podido pasar por su lado sin conocerlo, señor Warden—, será mejor que cenemos aquí, y sigamos a pie por la tarde. Es un sitio muy bueno para cenar, señor Warden: propiedad suya, dicho sea de paso. Craggs y yo (difunto) tomábamos aquí una chuleta a veces, y nos la servían muy a gusto. El señor Craggs, señor —dijo Snitchey, cerrando los ojos con fuerza un instante y volviéndolos a abrir—, fue borrado del padrón de la vida demasiado pronto.

—Que el cielo me perdone por no darle a usted el pésame —repuso Michael Warden, pasándose la mano por la frente—, pero por ahora soy como un hombre en un sueño. Me parece que me faltan las entendederas. El señor Craggs... sí... lamento mucho que hayamos perdido al señor Craggs. —Pero al decirlo miraba a Clemency, y parecía compadecerse de Ben, que la consolaba.

—El señor Craggs, señor —observó Snitchey—, no encontró la vida, lamento decirlo, tan fácil de tener y conservar como su teoría la pintaba, o de lo contrario aún estaría entre nosotros. Es una gran pérdida para mí. Era mi brazo derecho, mi pierna derecha, mi oído derecho, mi ojo derecho, era el señor Craggs. Sin él estoy paralítico. Legó su parte del negocio a la señora Craggs, sus albaceas, administradores y cesionarios. Su nombre permanece en la Firma hasta el día de hoy. Trato, de un modo un tanto pueril, de imaginar a veces que está vivo. Habrá observado usted que hablo por mí y por Craggs, difunto, señor... difunto —dijo el tierno procurador, agitando su pañuelo de bolsillo.

Michael Warden, que había seguido observando a Clemency, se volvió hacia el señor Snitchey cuando este dejó de hablar, y le susurró al oído.

—¡Ah, pobrecilla! —dijo Snitchey, meneando la cabeza—. Sí. Siempre fue muy fiel a Marion. Siempre le tuvo mucho cariño. ¡Linda Marion! ¡Pobre Marion! Ánimo, señora... ahora está usted casada, no lo olvide, Clemency.

Clemency solo suspiró y meneó la cabeza.

—¡Vamos, vamos! Espere a mañana —dijo el abogado con amabilidad.

—Mañana no puede devolver los muertos a la vida, señor —dijo Clemency, sollozando.

—No. Eso no puede hacerlo, o de lo contrario nos devolvería al señor Craggs, difunto —repuso el abogado—. Pero puede traer algunas circunstancias que consuelen; puede traer algún alivio. ¡Espere a mañana!

Así, Clemency, estrechando la mano que él le tendía, dijo que esperaría; y Britain, que se había abatido terriblemente a la vista de su desalentada esposa (lo cual era como si el negocio agachara la cabeza), dijo que estaba bien; y el señor Snitchey y Michael Warden subieron al piso de arriba; y allí no tardaron en enfrascarse en una conversación llevada con tanta cautela que ningún murmullo de ella resultaba audible por encima del entrecuchar de platos y fuentes, el chisporroteo de la sartén, el borboteo de los cazos, el bajo y monótono vals del asador —con un espantoso chasquido de cuando en cuando, como si hubiera sufrido algún accidente mortal en la cabeza, en un ataque de vértigo— y todos los demás preparativos de la cena en la cocina.

* * * * *

Mañana fue un día luminoso y apacible; y en ningún sitio se veían más hermosamente los matices del otoño que desde el tranquilo vergel de la casa del doctor. Las nieves de muchas noches de invierno se habían derretido de aquel suelo, las hojas marchitas de muchos veranos habían susurrado allí, desde que ella había huido. El porche de madreselva volvía a estar verde, los árboles proyectaban sombras generosas y cambiantes sobre la hierba, el paisaje estaba tan tranquilo y sereno como siempre lo había estado; pero ¿dónde estaba ella?

Allí no. Allí no. Habría sido una visión más extraña en su viejo hogar ahora, incluso, que lo que aquel hogar había sido al principio, sin ella. Pero una dama estaba sentada en el sitio de siempre, de cuyo corazón ella nunca había desaparecido; en cuya fiel memoria vivía, inmutable, juvenil, radiante de toda promesa y toda esperanza; en cuyo cariño —y era ahora el de una madre, pues había una querida hijita jugando a su lado— no tenía rival, ni sucesora; sobre cuyos dulces labios temblaba entonces su nombre.

El espíritu de la muchacha perdida se asomaba por aquellos ojos. Aquellos ojos de Grace, su hermana, sentada con su marido en el vergel, el día de su boda, y del cumpleaños de él y de Marion.

No se había vuelto un gran hombre; no se había hecho rico; no había olvidado los parajes y los amigos de su juventud; no había cumplido ni una sola de las viejas predicciones del doctor. Pero, en su útil, paciente y anónima visitación de los hogares de los pobres; y en su velar junto a lechos de enfermos; y en su cotidiano conocimiento de la mansedumbre y la bondad que florecen en los senderos apartados de este mundo, no para ser pisoteadas bajo el pesado pie de la pobreza, sino para brotar, elásticas, en su rastro, y hacer bello su paso; había aprendido y probado mejor, en cada año que se sucedía, la verdad de su vieja fe. La manera de su vida, aunque callada y apartada, le había mostrado cuán a menudo hospedan aún los hombres a los ángeles, sin saberlo, como en los tiempos antiguos; y cómo las formas más inverosímiles —incluso algunas mezquinas y feas a la vista, y pobremente vestidas— quedaban irradiadas junto al lecho de la pena, la necesidad y el dolor, y se trocaban en espíritus tutelares con una gloria en torno a sus cabezas.

Vivía con mejor propósito en el mudado campo de batalla, quizá, que si hubiera contendido sin sosiego en palenques más ambiciosos; y era feliz con su esposa, la querida Grace.

¿Y Marion? ¿La había olvidado él?

—El tiempo ha volado, querida Grace —dijo él—, desde entonces —habían estado hablando de aquella noche—; y sin embargo parece que fue hace mucho, mucho. Contamos por los cambios y los sucesos que hay dentro de nosotros. No por los años.

— Y sin embargo también tenemos años que contar, desde que Marion estaba con nosotros — repuso Grace — . Seis veces, querido esposo, contando esta noche como una, nos hemos sentado aquí el día de su cumpleaños, y hemos hablado juntos de ese feliz regreso, tan ansiosamente esperado y tan largamente diferido. ¡Ay, cuándo será! ¡Cuándo será!

Su marido la observaba con atención, según se le agolpaban las lágrimas en los ojos; y, acercándose más, dijo:

— Pero Marion te dijo, en aquella carta de despedida que te dejó sobre la mesa, amor mío, y que tantas veces has leído, que habrían de pasar años antes de que *pudiera* ser. ¿No es cierto?

Ella sacó una carta de su pecho, y la besó, y dijo «Sí».

— Que a lo largo de estos años de por medio, por feliz que ella fuera, aguardaría con esperanza el momento en que os reunierais de nuevo, y todo quedaría en claro; y que te rogaba que hicieras tú lo mismo, con confianza y con esperanza. La carta dice así, ¿no es verdad, querida mía?

— Sí, Alfred.

— ¿Y todas las demás cartas que ha escrito desde entonces?

— Salvo la última... hace unos meses... en la que hablaba de ti, y de lo que tú sabías entonces, y de lo que yo había de saber esta noche.

Él miró hacia el sol, que declinaba ya deprisa, y dijo que la hora señalada era la puesta del sol.

— ¡Alfred! — dijo Grace, poniéndole la mano en el hombro con vehemencia — , hay algo en esta carta... esta vieja carta, que dices que leo tan a menudo... que nunca te he contado. Pero esta noche, querido esposo, con esa puesta del sol acercándose, y con toda nuestra vida como suavizándose y aquietándose con el día que se va, no puedo guardarlo en secreto.

— ¿Qué es, amor mío?

— Cuando Marion se marchó, me escribió, aquí, que tú una vez le habías confiado a ella un sagrado depósito para mí, y que ahora ella te confiaba a ti, Alfred, un depósito semejante en mis manos: rogándome y suplicándome, por lo que la amaba a ella, y por lo que te amaba a ti, que no rechazara el afecto que ella creía — que sabía, decía — que tú trasladarías a mí

cuando la nueva herida hubiese sanado, sino que lo alentara y lo correspondiera.

—Y me hicieras de nuevo un hombre orgulloso y feliz, Grace. ¿Dijo eso?

—Quiso decir que me hiciera a mí misma tan dichosa y honrada con tu amor —fue la respuesta de su esposa, mientras él la estrechaba entre sus brazos.

—¡Escúchame, querida mía! —dijo él—. No. ¡Escúchame así! —y, mientras hablaba, volvió a posar suavemente sobre su hombro la cabeza que ella había alzado—. Sé por qué nunca he oído este pasaje de la carta, hasta ahora. Sé por qué ningún rastro de él se dejó ver jamás en palabra ni en mirada tuya en aquel tiempo. Sé por qué Grace, aun siendo tan verdadera amiga mía, fue difícil de ganar como esposa. Y sabiéndolo, ¡vida mía!, conozco el valor inestimable del corazón que ciño entre mis brazos, ¡y doy gracias a DIOS por tan rica posesión!

Ella lloró, pero no de pena, mientras él la apretaba contra su corazón. Al cabo de un breve espacio, él bajó la mirada hacia la niña, que estaba sentada a sus pies jugando con una cestita de flores, y le pidió que mirara qué dorado y qué rojo estaba el sol.

—Alfred —dijo Grace, alzando rápidamente la cabeza al oír estas palabras—, el sol se está poniendo. No has olvidado lo que he de saber antes de que se ponga.

—Has de saber la verdad de la historia de Marion, amor mío —respondió él.

—Toda la verdad —dijo ella, implorante—. Nada velado ya para mí. Esa fue la promesa. ¿No es cierto?

—Lo fue —respondió él.

—Antes de que el sol se pusiera el día del cumpleaños de Marion. Y ya lo ves, Alfred: se está hundiendo deprisa.

Él le pasó el brazo por la cintura y, mirándola fijamente a los ojos, respondió:

—Esa verdad no está reservada para que la cuente yo, querida Grace. Ha de venir de otros labios.

—¡De otros labios! —repitió ella débilmente.

—Sí. Conozco tu corazón constante, sé cuán valiente eres, sé que a ti te basta una palabra de preparación. Has dicho, con razón, que el momento ha llegado. Así es. Dime que tienes ahora entereza para soportar una prueba... una sorpresa... una conmoción: y el mensajero aguarda en la verja.

—¿Qué mensajero? —dijo ella—. ¿Y qué noticia trae?

—Estoy comprometido —le respondió él, conservando su mirada firme— a no decir más. ¿Crees que me entiendes?

—Tengo miedo de pensar —dijo ella.

Había en el rostro de él, pese a su mirada firme, una emoción que la asustó. De nuevo escondió su propio rostro en el hombro de él, temblando, y le suplicó que hiciera una pausa... un momento.

—¡Valor, esposa mía! Cuando tengas firmeza para recibir al mensajero, el mensajero aguarda en la verja. El sol se pone el día del cumpleaños de Marion. ¡Valor, valor, Grace!

Ella alzó la cabeza y, mirándolo, le dijo que estaba lista. De pie, mientras lo veía alejarse, su rostro se parecía tanto al de Marion como había sido en sus últimos días en casa, que era maravilloso de ver. Él se llevó consigo a la niña. Ella la llamó de vuelta —llevaba el nombre de la muchacha perdida— y la apretó contra su seno. La criaturita, al ser soltada de nuevo, corrió tras él, y Grace se quedó sola.

No sabía qué temía, ni qué esperaba; pero permaneció allí, inmóvil, mirando el porche por el que ellos habían desaparecido.

¡Ah! ¿Qué era aquello que emergía de su sombra, que se erguía en su umbral? ¡Aquella figura, con sus blancas vestiduras susurrando en el aire de la tarde; con la cabeza reclinada sobre el pecho de su padre, y apretada contra él, contra su amoroso corazón! ¡Oh, Dios! ¿Era una visión aquello que venía irrumpiendo de los brazos del anciano, y que con un grito, y con un agitar de manos, y con un salvaje arrojarse sobre ella en su amor sin límites, se dejaba caer en su abrazo?

—¡Oh, Marion, Marion! ¡Oh, hermana mía! ¡Oh, amor querido de mi corazón! ¡Oh, gozo y dicha inefables, volver así a encontrarnos!

No era ningún sueño, ningún fantasma conjurado por la esperanza y el temor, sino Marion, ¡la dulce Marion! Tan hermosa, tan feliz, tan libre de cuidado y de tribulación, tan enaltecida y exaltada en su hermosura, que, al brillar sobre su rostro alzado el sol poniente, bien habría podido ser un espíritu que visitaba la tierra en alguna misión sanadora.

Aferrada a su hermana, que se había dejado caer sobre un asiento y se inclinaba sobre ella —y sonriendo a través de sus lágrimas— y arrodillada, muy cerca ante ella, con ambos brazos ciñéndola, y sin apartarse ni un instante de su rostro —y con la gloria del sol poniente sobre su frente, y con la suave quietud de la tarde reuniéndose en torno a ellas—, Marion rompió al fin el silencio; su voz, tan serena, baja, clara y agradable, bien acordada con la hora.

—Cuando este era mi querido hogar, Grace, como volverá a serlo ahora...

—¡Espera, dulce amor mío! ¡Un momento! Oh, Marion, oírte hablar de nuevo.

No podía soportar al principio la voz que tanto amaba.

—Cuando este era mi querido hogar, Grace, como volverá a serlo ahora, lo amé a él con toda mi alma. Lo amé con la mayor devoción. Habría muerto por él, aunque era tan joven. Jamás desdeñé su cariño en mi pecho secreto ni por un breve instante. Estaba muy por encima de todo precio para mí. Aunque hace tanto tiempo, y ha pasado, y se ha ido, y todo ha cambiado por completo, no podía soportar la idea de que tú, que amas tan bien, pensaras que yo no lo amé de veras una vez. Nunca lo amé más, Grace, que cuando él dejó este mismo paraje en este mismo día. Nunca lo amé más, querida, que aquella noche en que me marché de aquí.

Su hermana, inclinada sobre ella, podía mirarla al rostro, y la tenía bien sujeta.

—Pero él había ganado, sin saberlo —dijo Marion, con una dulce sonrisa—, otro corazón, antes de que yo supiera que tenía uno que darle. Aquel corazón —el tuyo, hermana mía— estaba tan entregado, en toda su restante ternura, a mí; era tan abnegado, y tan noble, que arrancó de sí su amor, y guardó su secreto de toda mirada salvo la mía —¡ah! ¿qué otras miradas se aguzaron con tanta ternura y gratitud?— y se contentó con sacrificarse por mí. Pero yo conocía algo de sus honduras. Sabía de la lucha que había libra-

do. Conocía su alto e inestimable valor para él, y el aprecio que él le tenía, por más que me amara a mí. Sabía la deuda que le debía. Tenía su gran ejemplo cada día ante mí. Lo que tú habías hecho por mí, yo sabía que podía hacerlo, Grace, si quería, por ti. Nunca reclinaba la cabeza en la almohada sin rogar entre lágrimas por hacerlo. Nunca reclinaba la cabeza en la almohada sin pensar en las propias palabras de Alfred el día de su partida, y en cuán ciertamente había dicho (pues yo lo sabía, conociéndote a ti) que había victorias que se ganaban cada día, en corazones que luchan, ante las cuales estos campos de batalla no eran nada. Pensando cada vez más en la gran entereza sostenida con ánimo alegre, y jamás conocida ni tenida en cuenta, que debía de haber, cada día y cada hora, en aquella gran contienda de la que él hablaba, mi prueba parecía volverse leve y fácil. Y Aquel que conoce nuestros corazones, queridísima mía, en este instante, y que sabe que no hay ni una gota de amargura ni de pena —ni de nada que no sea felicidad sin mezcla— en el mío, me dio fuerzas para tomar la resolución de que nunca sería la esposa de Alfred. Que él fuera mi hermano, y tu marido, si el camino que yo tomara podía llevar a ese feliz fin; ¡pero que nunca (Grace, yo entonces lo amaba entrañable, entrañablemente) sería su esposa!

—¡Oh, Marion! ¡Oh, Marion!

—Yo había intentado parecer indiferente hacia él —y apretó el rostro de su hermana contra el suyo—; pero eso era duro, y tú siempre fuiste su verdadera abogada. Había intentado hablarte de mi resolución, pero tú nunca quisiste escucharme; nunca quisiste comprenderme. Se acercaba el momento de su regreso. Sentí que debía obrar, antes de que se reanudara el trato diario entre nosotros. Sabía que un gran dolor, padecido en aquel momento, ahorraría una prolongada agonía a todos nosotros. Sabía que, si me iba entonces, había de seguirse aquel fin que *se ha* seguido, ¡y que nos ha hecho a las dos tan felices, Grace! Escribí a la buena tía Martha, pidiéndole refugio en su casa: no le conté entonces todo, sino algo de mi historia, y ella me lo prometió sin reparos. Mientras disputaba yo aquel paso conmigo misma, y con mi amor por ti, y por el hogar, el señor Warden, traído aquí por un accidente, fue, durante algún tiempo, nuestro compañero.

—A veces he temido, en estos últimos años, que pudiera haber sido esto —exclamó su hermana, con el semblante pálido como la ceniza—. ¡Nunca lo amaste... y te casaste con él en tu sacrificio por mí!

—Él estaba entonces —dijo Marion, atrayendo a su hermana más cerca de sí—, a punto de irse en secreto por largo tiempo. Me escribió, después de marcharse de aquí; me contó cuáles eran de veras su situación y sus perspectivas; y me ofreció su mano. Me dijo que había visto que yo no era feliz ante la perspectiva del regreso de Alfred. Creo que pensó que mi corazón no tenía parte alguna en aquel compromiso; quizá pensó que tal vez lo había amado a él una vez, y ya no; quizá pensó que, cuando yo intentaba parecer indiferente, intentaba ocultar la indiferencia... no lo sé. Pero yo deseaba que tú me sintieras del todo perdida para Alfred... sin esperanza para él... muerta. ¿Me comprendes, amor mío?

Su hermana la miró al rostro, atentamente. Parecía dudar.

—Vi al señor Warden, y me fié de su honor; le confié mi secreto, en vísperas de su partida y de la mía. Él lo guardó. ¿Me comprendes, querida?

Grace la miró con confusión. Apenas parecía oírla.

—¡Amor mío, hermana mía! —dijo Marion—, recobra tus pensamientos un momento; escúchame. No me mires de un modo tan extraño. Hay países, queridísima, donde quienes quieren abjurar de una pasión mal puesta, o quieren luchar contra algún sentimiento acariciado de su corazón y vencerlo, se retiran a una soledad sin esperanza, y cierran el mundo contra sí mismas y contra los amores y las esperanzas mundanas para siempre. Cuando las mujeres hacen esto, toman ese nombre que tan querido es para ti y para mí, y se llaman entre sí Hermanas. Pero puede haber hermanas, Grace, que, en el ancho mundo de puertas afuera, y bajo su cielo libre, y en sus lugares concurridos, y entre su vida atareada, y tratando de socorrerlo y alegrarlo y hacer algún bien, aprendan la misma lección; y que, con corazones aún frescos y jóvenes, y abiertos a toda dicha y a todo medio de dicha, puedan decir que la batalla quedó atrás hace mucho, que la victoria se ganó hace mucho. ¡Y una de ellas soy yo! ¿Me comprendes ahora?

Ella seguía mirándola fijamente, y no respondía.

—Oh, Grace, querida Grace —dijo Marion, aferrándose aún con más ternura y cariño a aquel pecho del que tanto tiempo había estado exiliada—, si tú no fueras una esposa y una madre feliz... si no hubiera aquí una pequeña tocaya mía... si Alfred, mi buen hermano, no fuera tu propio y amante esposo... ¿de dónde podría sacar el arrobo que siento esta noche? Pero, tal

como me marché de aquí, así he vuelto. Mi corazón no ha conocido otro amor, mi mano nunca ha sido entregada aparte de él. Sigo siendo tu hermana doncella, soltera, sin prometido: tu propia y amante vieja Marion, en cuyo cariño existes tú sola y no tienes rival, ¡Grace!

Ahora la comprendió. Su rostro se distendió; los sollozos vinieron en su alivio; y, cayendo sobre su cuello, lloró y lloró, y la acarició como si fuera de nuevo una niña.

Cuando estuvieron más serenas, advirtieron que el doctor, y su hermana la buena tía Martha, estaban de pie muy cerca, con Alfred.

—Este es un día fatigoso para mí —dijo la buena tía Martha, sonriendo a través de sus lágrimas mientras abrazaba a sus sobrinas—; pues pierdo a mi querida compañera al haceros felices a todos; ¿y qué podéis darme, a cambio de mi Marion?

—Un hermano convertido —dijo el doctor.

—Algo es algo, desde luego —replicó la tía Martha—, en una farsa como...

—No, te lo ruego, no —dijo el doctor, contrito.

—Bueno, no lo diré —repuso la tía Martha—. Pero me considero maltratada. No sé qué va a ser de mí sin mi Marion, después de haber vivido juntas media docena de años.

—Tendrás que venir a vivir aquí, supongo —repuso el doctor—. Ya no reñiremos, Martha.

—O tendrás que casarte, tía —dijo Alfred.

—A fe mía —repuso la anciana— que creo que podría ser una buena especulación si me propusiera echarle el guante a Michael Warden, quien, según oigo, ha vuelto a casa muy mejorado por su ausencia en todos los aspectos. Pero como lo conocí cuando era muchacho, y yo no era entonces una mujer muy joven, quizá él no correspondiera. Así que me haré a la idea de ir a vivir con Marion, cuando ella se case, y hasta entonces (no será mucho tiempo, me atrevo a decir), de vivir sola. ¿Qué dices *tú*, hermano?

—Tengo muchas ganas de decir que es un mundo ridículo del todo, y que no hay en él nada serio —observó el pobre y viejo doctor.

—Podrías jurarlo con veinte declaraciones juradas, si quisieras, Anthony —dijo su hermana—; pero nadie te creería con unos ojos como esos.

—Es un mundo lleno de corazones —dijo el doctor, abrazando a su hija menor, e inclinándose por encima de ella para abrazar a Grace, pues no podía separar a las hermanas—; y un mundo serio, con toda su locura... hasta con la mía, que bastaba para haber anegado el globo entero; y es un mundo sobre el que jamás sale el sol sin que contemple mil batallas incruentas que compensan en algo las miserias y las maldades de los Campos de Batalla; y es un mundo que hemos de cuidarnos mucho de calumniar, que el cielo nos perdone, ¡pues es un mundo de sagrados misterios, y solo su Creador sabe qué yace bajo la superficie de la más leve de Sus imágenes!

* * * * *

No os complacería más mi tosca pluma si diseccionara y expusiera a vuestra vista los arrobos de esta familia, tanto tiempo separada y ahora reunida de nuevo. Por tanto, no seguiré al pobre doctor a través de su humillado recuerdo de la pena que había pasado, cuando Marion se le perdió; ni os contaré cuán serio había hallado ser aquel mundo, en el que algún amor, hondamente anclado, es la porción de todas las criaturas humanas; ni cómo una nadería como la ausencia de una pequeña unidad en la gran y absurda cuenta lo había abatido hasta el suelo. Ni cómo, en compasión por su angustia, su hermana le había revelado la verdad, tiempo atrás, por lentos grados, y lo había llevado al conocimiento del corazón de su hija autodesterrada, y al lado de aquella hija.

Ni cómo a Alfred Heathfield se le había contado también la verdad, en el curso de aquel año entonces corriente; y Marion lo había visto, y le había prometido, como su hermano, que el día de su cumpleaños, por la tarde, Grace lo sabría al fin de sus propios labios.

—Le pido perdón, doctor —dijo el señor Snitchey, asomándose al vergel—, pero ¿tengo libertad para entrar?

Sin aguardar permiso, fue derecho a Marion y le besó la mano, muy jubiloso.

—Si el señor Craggs estuviera vivo, mi querida señorita Marion —dijo el señor Snitchey—, habría tenido gran interés en esta ocasión. Podría haberle sugerido, señor Alfred, que nuestra vida no es demasiado fácil, quizá; que,

tomada en conjunto, admite cualquier pequeño alisado que podamos darle; pero el señor Craggs era un hombre que podía soportar que lo convencieran, señor. Siempre estaba abierto al convencimiento. Si estuviera abierto al convencimiento, ahora, yo... esto es debilidad. Señora Snitchey, querida mía —a su llamada, aquella dama apareció por detrás de la puerta—, está usted entre viejos amigos.

La señora Snitchey, tras entregar sus felicitaciones, se llevó a su marido aparte.

—Un momento, señor Snitchey —dijo aquella dama—. No está en mi naturaleza remover las cenizas de los difuntos.

—No, querida —repuso su marido.

—El señor Craggs está...

—Sí, querida, está difunto —dijo Snitchey.

—Pero le pregunto si recuerda —prosiguió su mujer— aquella tarde del baile. Solo le pregunto eso. Si lo recuerda; y si su memoria no le ha fallado por completo, señor Snitchey; y si no está del todo en su chochez; le pido que enlace este momento con aquel... que recuerde cómo le rogué y le supliqué, de rodillas...

—¿De rodillas, querida? —dijo el señor Snitchey.

—Sí —dijo la señora Snitchey con aplomo—, y lo sabe... que se guardara de aquel hombre... que observara su mirada... y que me diga ahora si tenía yo razón, y si en aquel momento él sabía secretos que no quería contar.

—Señora Snitchey —repuso su marido, al oído de ella—, señora. ¿Observó usted alguna vez algo en *mi* mirada?

—No —dijo la señora Snitchey, con aspereza—. No se dé usted tanta importancia.

—Porque, señora, aquella noche —continuó él, tirándole de la manga—, da la casualidad de que ambos sabíamos secretos que no queríamos contar, y ambos sabíamos justo lo mismo, profesionalmente. Y por eso, cuanto menos hable usted de tales cosas, mejor, señora Snitchey; y tome esto como advertencia para tener ojos más sensatos y más caritativos en otra ocasión. Señorita Marion, me he traído a una amiga de usted. ¡Aquí! ¡Señora!

La pobre Clemency, con el delantal en los ojos, entró despacio, escoltada por su marido; este último apesadumbrado por el presentimiento de que, si ella se abandonaba al dolor, el Rallador de Nuez Moscada estaba perdido.

—Vamos, señora —dijo el abogado, deteniendo a Marion cuando esta corría hacia ella, e interponiéndose entre ambas—, ¿qué le ocurre a *usted*?

—¡Qué me ocurre! —exclamó la pobre Clemency. Y entonces, alzando la vista con asombro, y con indignada protesta, y con la emoción añadida de un gran rugido del señor Britain, y viendo tan cerca ante ella aquel dulce rostro tan bien recordado, se quedó mirando, sollozó, rió, lloró, chilló, la abrazó, la sujetó fuerte, la soltó, cayó sobre el señor Snitchey y lo abrazó (para gran indignación de la señora Snitchey), cayó sobre el doctor y lo abrazó, cayó sobre el señor Britain y lo abrazó, y concluyó abrazándose a sí misma, echándose el delantal por encima de la cabeza y teniendo un ataque de histeria detrás de él.

Un forastero había entrado en el vergel, después del señor Snitchey, y se había quedado aparte, cerca de la verja, sin ser advertido por nadie del grupo; pues tenían poca atención de sobra que dispensar, y esa la había acaaparado el arrobó de Clemency. Él no parecía desear ser advertido, sino que estaba solo, con la mirada baja; y había un aire de abatimiento en torno a él (aunque era un caballero de gallarda apariencia) que la felicidad general volvía más notable.

Solo los vivos ojos de la tía Martha, sin embargo, repararon en él; pero, casi tan pronto como lo divisó, estaba ya conversando con él. Al poco, yendo a donde Marion estaba con Grace y su pequeña tocaya, le susurró algo a Marion al oído, ante lo cual esta se sobresaltó, y pareció sorprendida; pero, reponiéndose pronto de su turbación, se acercó tímidamente al forastero, en compañía de la tía Martha, y entabló también conversación con él.

—Señor Britain —dijo el abogado, metiéndose la mano en el bolsillo y sacando un documento de aspecto legal, mientras esto sucedía—, lo felicito. Es usted ahora el único y pleno propietario de esa finca en dominio absoluto, actualmente ocupada y poseída por usted como taberna con licencia, o casa de hospedaje público, y comúnmente llamada o conocida por el rótulo del Rallador de Nuez Moscada. Su esposa perdió una casa, por obra de mi cliente el señor Michael Warden; y ahora gana otra. Tendré el placer de solicitar su voto para el condado, cualquiera de estas hermosas mañanas.

—¿Cambiaría en algo el voto si se alterara el rótulo, señor? —preguntó Britain.

—En lo más mínimo —repuso el abogado.

—Entonces —dijo el señor Britain, devolviéndole la escritura de traspaso —, tenga la bondad de encajar las palabras «y Dedal»; y haré pintar los dos lemas en la salita, en lugar del retrato de mi mujer.

—Y permítanme —dijo una voz a sus espaldas; era la del forastero, la de Michael Warden—, permítanme reclamar el beneficio de esas inscripciones. Señor Heathfield y doctor Jeddler, pude haberles hecho a ambos un profundo agravio. Que no lo hiciera no es mérito mío. No diré que soy seis años más sabio que antes, ni mejor. Pero al menos he conocido ese período de reproche a mí mismo. No puedo alegar razón alguna por la que debieran ustedes tratarme con indulgencia. Abusé de la hospitalidad de esta casa; y aprendí, por mis propios deméritos, con una vergüenza que jamás he olvidado, mas con algún provecho también, quiero esperar, de una persona —dirigió una mirada a Marion— a quien elevé mi humilde súplica de perdón, cuando conocí su mérito y mi honda indignidad. Dentro de unos días abandonaré este lugar para siempre. Les imploro su perdón. ¡Haz con los demás lo que quieras que hagan contigo! ¡Perdona y olvida!

* * * * *

EL TIEMPO —de quien obtuve la última porción de esta historia, y con quien tengo el placer de un trato personal de unos treinta y cinco años de duración— me informó, apoyándose cómodamente en su guadaña, de que Michael Warden nunca volvió a marcharse, y nunca vendió su casa, sino que la abrió de nuevo, mantuvo una dorada medida de hospitalidad, y tuvo una esposa, orgullo y honra de aquella comarca, cuyo nombre era Marion. Pero, como he observado que el Tiempo confunde los hechos de vez en cuando, apenas sé qué peso conceder a su autoridad.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB